

HOJAS AL PASAR

Las crónicas europeas de
JOSÉ INGENIEROS



Cristina Beatriz Fernández



BUENA VISTA
Editores

Desde Europa, durante los años de 1905 y 1906, José Ingenieros envió a la Argentina una serie de crónicas o notas de viaje que fueron publicadas, en su mayor parte, en las páginas del diario "La Nación" y recogidas luego en volúmenes editados en España y Buenos Aires.

Esas páginas juveniles, que Max Henríquez Ureña consideró parte de la escritura modernista y que Ricardo Riaño Jauma describió como "pinceladas de una realidad captada en alucinado miraje", merecieron, en términos relativos, escasa atención por parte de la crítica. Quizás esto se deba al efecto ocasionado por el rol magisterial que llegó a adquirir la figura de Ingenieros en el pensamiento filosófico y sociológico latinoamericano, así como a su liderazgo ideológico en los años de la Reforma Universitaria, al punto de quedar opacadas otras facetas del autor. Sin embargo, hoy resulta de interés volver a esos textos que nos permiten vislumbrar el mundo filosófico, estético, político y científico de comienzos del siglo XX en el que se insertaban las búsquedas de quien se definía a sí mismo como un viajero estudioso.

Hojas al pasar nos propone, entonces, un recorrido posible por las crónicas de viaje de Ingenieros, en una línea de lectura infrecuente a la hora de estudiar la prosa de este autor, siempre lúcidamente atento a un mundo que interpelaba su mirada intelectual.

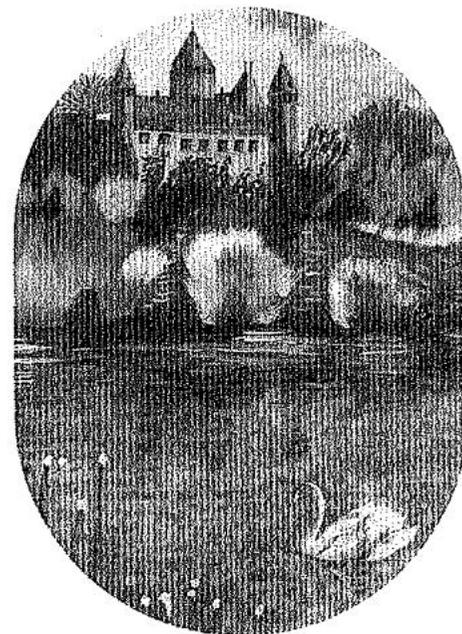


978-987-1467-44-0


BUENA VISTA
Editores

HOJAS AL PASAR

Las crónicas europeas de
JOSÉ INGENIEROS



Cristina Beatriz Fernández


BUENA VISTA
Editores

Cristina Beatriz Fernández

Nació en Lomas de Zamora, Argentina, en 1970. Completó estudios de grado y posgrado en el área de Letras, en la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Mar del Plata (UNMDP) y en la Facultad de Lenguas de la Universidad Nacional de Córdoba (UNC). Es docente en el área de Literatura Latinoamericana de la Facultad de Humanidades de la UNMDP e investigadora en el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Publicó varios artículos en revistas académicas de su especialidad, nacionales y extranjeras, y capítulos en libros colectivos. Editó *Las crónicas de José Ingenieros en 'La Nación' de Buenos Aires (1905-1906)* (Mar del Plata, 2009) y es autora de *José Ingenieros y los saberes modernos* (Córdoba, 2012).



BUENA VISTA
Editores

Hojas al pasar.

Las crónicas europeas de José Ingenieros.

Hojas al pasar.

Las crónicas europeas de José Ingenieros.

Fernández, Cristina Beatriz

Hojas al pasar : las crónicas europeas de José Ingenieros . - 1a ed. -
Córdoba : Buena Vista Editores, 2012.

124 p. ; 21x15 cm.

ISBN 978-987-1467-44-0

1. Estudios Literarios. I. Título
CDD 807

Fecha de catalogación: 28/11/2012

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
Ninguna parte de esta publicación, incluido el
diseño de tapa, puede ser reproducida, almacenada
o transmitida por ningún medio, ya sea electrónico,
químico, mecánico, óptico, de grabación o por
fotocopia sin autorización previa del editor.

Imagen de tapa: Pilar Guirado, "Remanso". Óleo sobre madera entelada.
50 x 40 cm. Reproducido con autorización de la artista.

Diseño: Daniela Mac Auliffé

www.editorialbuenavista.com.ar

info@editorialbuenavista.com.ar

Córdoba – Argentina

© 2012. Buena Vista Editores

Hojas al pasar.

Las crónicas europeas de José Ingenieros.

Cristina Beatriz Fernández



BUENA VISTA
editores

Siempre, con razón o sin ella, el terruño está presente en el espíritu. Y alguna vez, en horas de vaguedad crepuscular pasadas sobre una margen tranquila del Rhin, frente a castillos fantásticos que parecen animarse por las sugerencias deslumbradoras de la mitología y del arte, en vez de soñar con wagnerianos cantos de walkirias que descienden al abismo buscando el oro legendario, nos parecía oír murmullos tenues, indecisos, venidos de muy lejos, trayendo el eco mustio de esa alma nativa que agoniza en la melopeya de un “triste” o de una “vidalita” nuestra.

José Ingegnieros, 1906.

Palabras previas

Este libro expone algunas conclusiones del trabajo de investigación que desarrollamos en el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y en la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Mar del Plata (UNMDP). Más específicamente, es resultado del proyecto de investigación plurianual (PIP) *Espacios y retóricas de la sociabilidad en los escritos de la modernidad/modernización urbana en América Latina (fin del siglo XIX y siglo XX)*, otorgado por el CONICET y dirigido por la Dra. Mónica Scarano (UNMDP). Algunas ideas que aparecen en las próximas páginas fueron presentadas, en forma parcial o provisoria, en artículos o en ponencias leídas en congresos académicos, todos los cuales están detallados en la bibliografía. El hecho de haberlas reunido en un libro no significa, sin embargo, que demos por cerrado el tema: el complejo universo que se abre al leer las crónicas escritas por el joven Ingenieros torna temeraria cualquier pretensión de reconstruir acabadamente el entramado intelectual, político, científico y estético que estos textos nos permiten vislumbrar. Por ello, no ofrecemos aquí más que unas líneas de lectura posibles, siempre susceptibles de correcciones y profundización.

Abreviaturas

utilizadas para citar las obras de Ingenieros o las publicaciones periódicas que incluyeron sus crónicas de viaje (los datos editoriales se consignan en la bibliografía):

<i>AMC</i>	<i>Al margen de la ciencia</i> (edición Lajouane)
<i>AMCS</i>	<i>Al margen de la ciencia</i> (edición Sempere)
<i>Archivos</i>	<i>Archivos de psiquiatría y criminología aplicadas a las ciencias afines. Medicina Legal. Sociología. Derecho. Psicología. Pedagogía.</i>
<i>CV</i>	<i>Crónicas de viaje</i>
<i>Italia</i>	<i>Italia en la ciencia, en la vida y en el arte</i>
<i>LEM</i>	<i>La España moderna</i>
<i>LIS</i>	<i>La intimidad sentimental</i>
<i>OC</i>	<i>Obras completas</i>

I

Del periódico al libro

En 1905, se convocaba desde Roma al V Congreso Internacional de Psicología, una disciplina que por ese entonces englobaba también lo que hoy es el campo de trabajo de la Psiquiatría, todavía no claramente deslindada. El gobierno argentino, en la necesidad de enviar un representante nacional, eligió a José Ingenieros, un joven médico de 28 años que poco tiempo antes se había destacado con su tesis sobre *Simulación de la locura*, merecedora, en 1900, de la medalla de oro de la Universidad de Buenos Aires. De paso, el Poder Ejecutivo Nacional comisionó a Ingenieros para que estudiara los sistemas penitenciarios europeos (Bagú, 87). El viaje a Europa fue una oportunidad para que el alienista profundizara y, de algún modo, reorganizara sus afiliaciones intelectuales, puesto que la visita a las ciudades europeas constituyó para él una actividad formativa y de socialización que amplió un itinerario marcado inicialmente por las obligaciones oficiales y académicas consignadas. De ese modo, el viaje de Ingenieros, que básicamente fue un itinerario por *ciudades* europeas, adquirió el sentido de un paseo por algunas de las metrópolis más emblemáticas de la modernidad.

Ingenieros, que había sido uno de los miembros fundadores del Partido Socialista en la Argentina, se hallaba por entonces alejado de la política y volcado al estudio, al amparo del cientificismo evolucionista, una perspectiva ideológica que nutrió a buena parte del positivismo latinoamericano así como a las propuestas educativas e higienistas que apadrinaban, por entonces, sectores significativos del espectro político e intelectual de la Argentina. Nuestro autor partió, en el Sirio, rumbo al viejo continente, es decir, a su tierra de origen, porque vale recordar que este ideólogo de la *argentinidad* era italiano, y que había venido con sus padres, desde Palermo, en Sicilia, cuando todavía era un niño muy pequeño (Luna, 27).¹ De hecho, en la época que nos ocupa, todavía firmaba con su apellido original, Ingegneros, que luego castellanizó. Como era usual por entonces, este viaje implicaría varios meses –desde abril de 1905 hasta octubre de 1906– y le permitiría conocer varias ciudades, como Chignon, Londres, Florencia, Verona, Nápoles, Viena, Montecarlo, Roma, Turín, Venecia, París, Madrid, Berlín y Niza.

Pero antes de que Ingenieros se embarcara, el director del diario *La Nación* de Buenos Aires, el ingeniero Emilio Mitre, lo contrató como una suerte de corresponsal viajero, para que enviara notas de su periplo europeo, que de ese modo vieron la luz en las páginas del prestigioso diario, donde ya habían aparecido las firmas de Martí, del syringo Rubén Darío, de Gómez Carrillo y donde era redactor Roberto Pay-

¹ El acta de nacimiento de Ingenieros puede consultarse en el Fondo de Archivo José Ingenieros, cedido al Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en la Argentina (CEDINCI) por los descendientes del médico y escritor. Se reproduce en Tarcus y Petra, 16.

ró, ex-compañero de las filas socialistas.² Muchos de ellos

² Es por todos conocida la amistad cercana que tuvieron Ingenieros y Rubén Darío, cuando este último estuvo en Buenos Aires, donde fundaron juntos una asociación literaria, bohemia: *La Syringa*, que hizo bastante ruido en la noche porteña de entonces (Kamia). Por otro lado, el caricaturista uruguayo Pedro Ángel Zavalla, alias “Pelele”, recuerda en un artículo publicado en la revista *Nosotros* en ocasión de la muerte de Ingenieros, cómo en Europa, particularmente en París, continuaron profundizándose las relaciones del médico con algunos miembros de la intelectualidad y la bohemia latinoamericanas que ocasionalmente se habían anudado en Buenos Aires, en tiempos de *El Ateneo* y *La Syringa*. Pelele narra cómo, tras visitar Monte Carlo invitado por el General Roca, “Pepe quería volver a París. Quería vivir su vida de bohemio, tantas veces soñada. Y así lo hizo. Volvió y alquiló amueblada en los grandes boulevares, faubourg Montmartre, la pequeña *garçonnière* de Gómez Carrillo. Pero no podía librarse de la fuerza oculta que hacía de él un trabajador infatigable. Las horas del día íntegro las dedicaba a su intensa labor, pero cuando llegaba la tarde, en cuanto oscurecía, se olvidaba de las cosas serias y trascendentales y salía por esas calles y esos boulevares con una alegría pletórica que a veces rayaba en lo infantil.

El punto de reunión era un pequeño restaurant en la rue faubourg Montmartre, ignominiosamente marcado por una enorme cabeza de caballo, lo que indicaba que los succulentos bifés que nos servían eran de carne de equino. Los que allí concurrían más frecuentemente en busca de la alegre charla, eran Gómez Carrillo, Rubén Darío, el pintor Fermín Arango, Goycoechea Menéndez, Icasate Larios, Azarola Gil, Felipe Torcuato Black, Julio Bambill (Falucho), Barbagelata, Luis Bonafoux, Francisco García Calderón, Diego Dublé Urrutia, Eugenio Díaz Romero, Roberto Montenegro, Pérez Jorba, Ernest Lajeunesse, el dibujante Sachetti y otros” (Pelele, 522).

En el mismo volumen de homenaje de la revista *Nosotros*, tanto Schiaffino como “Pelele” consignan que Ingenieros acompañó a Julio Roca en varios momentos de ese viaje (Schiaffino 492, Pelele 520). En las crónicas de Ingenieros, sin embargo, la figura de Roca no aparece explícitamente, lo cual probablemente se deba a que no era un personaje que gozara de las preferencias de *La Nación*: sabemos que

compartían con otros escritores del período, la pretensión de radicarse laboralmente en esa meca profesional y cultural que era *La Nación* (Altamirano y Sarlo, 1980). Y es en ese contexto que apareció en *La Nación*, el 30 de abril de 1905, a continuación de una crónica de Gómez Carrillo, la crónica “El impuesto de la belleza. El mareo”, firmada por José Ingegneros [sic]. Así fue como este viaje tuvo su correlato textual en una serie de “crónicas” o “correspondencias” –para emplear los mismos términos con que las denominaba su autor– que se podían leer en las páginas del prestigioso periódico. Tiempo después, algunas de esas crónicas, aunque no todas, serían recopiladas en *Italia en la ciencia, en la vida y en el arte* de 1906,³ *Al margen de la ciencia* de 1908,⁴ una

a mediados de 1901 este periódico había sido cerrado por un breve tiempo, cuando Roca era presidente, por sus críticas sistemáticas a la política económica, que el diario consideraba demasiado favorable a los bancos extranjeros (Sidicaro, 16).

³ Valencia, Sempere, 1906. En adelante, *Italia*. Hemos detectado al menos dos ediciones diferentes de Sempere del libro *Italia*. Infortunadamente, no cuentan con la fecha en el pie de imprenta, pero algunas variantes en los paratextos permiten deducir que corresponden a dos épocas distintas, aunque ambas mantengan un prólogo fechado en 1905. Por ejemplo, una de ellas incluye una publicidad editorial donde se promociona la novela de Blasco Ibáñez *Sangre y arena*, que aparece como la última obra publicada por la editorial y, como sabemos, esa novela no vio la luz hasta 1908, de modo que es dable suponer que se trata de una reimpresión de *Italia* de, por lo menos, el mismo año.

⁴ Bs. As., Lajouane, 1908; reeditado en Valencia y Madrid en 1909. De aquí en más, *AMC*. En la advertencia a la 6a edición, fechada en 1919 e incluida en las obras completas, Ingenieros afirma, respecto de sus crónicas, que además de la publicación en *La Nación*, “Cuatro veces han sido impresas en España, bajo dos títulos: *Italia* y *Al margen de la Ciencia*; con este último hizo una edición conjunta la casa Lajouane (Buenos Aires, 1908) [...]” (*OC*, 81). La edición valenciana

edición hecha en Buenos Aires titulada *Crónicas de viaje*, de 1919,⁵ y en el octavo volumen de las obras completas del autor, que terminó de compilar Aníbal Ponce según las indicaciones del propio Ingenieros y donde aparecen bajo el título “Crónicas de viaje.”⁶ Cabe consignar que estos dos últimos volúmenes, el de 1919 y el de las *OC*, ya aparecen firmados por Ingenieros y no por Ingegnieros.

El ejercicio de recoger las crónicas periodísticas en libros no fue, como se sabe, privativo de Ingenieros sino, por el contrario, habitual entre los escritores del modernismo, como Darío, Enrique Gómez Carrillo o Manuel Ugarte, entre otros. Susana Rotker señala cómo se ha obliterado una de las direcciones de la relación prensa / libros: “el movimiento no era sólo desde los libros hacia los diarios – que reproducían o traducían fragmentos–, sino que también el periodismo empezó a ser una forma de construir la propia obra literaria” (Rotker, 147-148). De algún modo, ya en los tiempos de Ingenieros advertía sobre esta estrecha relación Aníbal Latino –seudónimo de José Ceppi, quien llegó a ser subdirector de *La Nación*, donde trabajó hasta 1906–, cuando afirmaba que el periodismo era fundamental en la historia literaria mo-

de *Al margen de la ciencia* incluye el mismo exordio que la argentina pero no están todas las crónicas, hay muchas ausencias, sobre todo de crónicas concernientes a Italia, lo cual se deba, probablemente, a que la misma editorial había publicado *Italia*. Así que hay dos libros homónimos o, para decirlo de otro modo, la edición argentina de *AMC* unifica las crónicas publicadas en España como *AMC* e *Italia*. Para diferenciar las ediciones argentina y española de *AMC*, denominaremos a la segunda, publicada por Sempere, *AMCS*.

⁵ En adelante, *CV*.

⁶ Haremos referencia a la edición de las crónicas incluida en las obras completas como *OC*.

derna, no sólo por los autores que daba a conocer sino también porque, en sus orígenes, el estilo literario y el informativo estaban entremezclados (Latino, 153-161). En lo que toca a las notas o impresiones de viaje, José Olivio Jiménez destaca su lugar peculiar dentro del corpus de las crónicas del período modernista, pues traducen lo que significaba para los hispanoamericanos “la ocasión de vivir actualmente su inveterada vocación de cosmopolitismo, de hacer su apasionada experiencia del mundo” (Jiménez, 547).

Tengamos en cuenta, en primer lugar, el medio en que se publicaron originalmente estos textos: *La Nación*. Por ese entonces dirigido por el ingeniero Emilio Mitre, era un periódico que tenía entre doce y veinte páginas por cada uno de sus números, siendo lo usual que la edición no superara las dieciséis páginas. Eventualmente, en fechas patrias como el 25 de mayo y el 9 de julio o en ocasiones especiales, agregaba un *suplemento ilustrado* que explotaba las posibilidades tecnológicas de la fotografía, presente también en otras secciones del diario pero que encontraba en ese suplemento un ámbito especialmente propicio. Las crónicas aparecían, generalmente, en las páginas tres, cuatro o cinco, tras los anuncios de empleos pedidos y ofrecidos, propiedades en alquiler y afines con que se iniciaba cada número y antes de la sección “Telegramas (de nuestros corresponsales)” que sintetizaba la actualidad nacional e internacional. El diario terminaba dedicando casi la mitad de sus páginas —o más— a las ofertas de propiedades, campos, subastas de ganado y otras informaciones comerciales relacionadas con el mundo agropecuario. A esto hay que sumar interesantes avisos publicitarios, que iban desde liquidaciones de tiendas de ropa hasta tónicos para reconstituir los nervios de los eventuales

lectores –por lo visto, algo deteriorados por el ritmo de la vida urbana y moderna.

Tal como advierte Julio Ramos al analizar la relación entre la prensa y la escritura de los modernistas, publicar en un diario como *La Nación* era un gesto de connotaciones complejas. Relativamente independizado de la original propensión política que nutrió el nacimiento de este diario, desde los conflictos de la década de 1880 se destacaba por una aparente neutralidad informativa y por cumplir el rol de difusor de los modos estéticos y valores ideológicos de la modernidad europea. Además, si Buenos Aires era una periferia en relación con esa modernidad europea, era, a su vez, la región, dentro de la Argentina, que había logrado experimentar con más intensidad cierta experiencia de lo moderno y cuyos hábitos cotidianos verdaderamente se habían modificado como resultado de ello, es decir, una ciudad que había cambiado genuinamente, a diferencia de lo que había ocurrido en la mayoría de los enclaves urbanos del interior (Viñas 2006, 25).⁷ Por ello *La Nación* ocupó el lugar, no exento de contradicciones, “de la *vanguardia* literaria de la época, con el mismo movimiento en que tecnologizaba su producción material y discursiva, cristalizando, en más de un sentido, el proceso de modernización del Buenos Aires finisecular” (Ramos, 105). Dado, entonces, ese afán *modernizador* del diario, y su marcada colaboración en el proceso

⁷ Cuando hablamos de la modernidad, pretendemos anudar un haz de vectores entre los cuales se destacan el impacto cultural y en los sistemas productivos de la revolución industrial, la generalización de la economía de mercado, la racionalidad instrumental, el crecimiento de la burocracia, la urbanización y la secularización (Löwy-Sayre, 29).

de secularización de la vida institucional y social (Sidicaro, 17), no es de extrañar que le concediera espacio significativo, entre los distintos textos cronísticos marcados por la *retórica del viaje* (Ramos), a algunos en los que adquieren un rol central temas como la ciencia, las exposiciones de industria y comercio o las mismas ciudades europeas como escenarios de la vida moderna. Por otra parte, a diferencia de *La Prensa* que privilegiaba en sus páginas a los cronistas españoles, como Leopoldo Alas y Emilia Pardo Bazán, *La Nación* prefería a París como la ciudad desde la cual hacía llegar las noticias de sus corresponsales.⁸

Es importante mencionar que si bien *La Nación* contó con buena parte de la élite política e intelectual de las últimas décadas del siglo XIX –Cané, Wilde, Mansilla, Groussac, etc.– la mayoría de sus redactores y de sus colaboradores eran inmigrantes o hijos argentinos de primera generación. Entre estos inmigrantes o hijos de inmigrantes, se destacaba un grupo de origen italiano, en relación directamente proporcional al peso que adquirió esta comunidad gracias al flujo inmigratorio del período en la Argentina. Entre esas personas podemos contar a Magnasco, Ghirardo, José Ceppi o el mismo Ingegneros.

Retomando la descripción de la organización discursiva del diario, vemos que en la sección que se destinaba a las crónicas funcionaba una subdivisión interna: la crónica de autor, firmada y encabezada como una carta al director del diario, estaba siempre en primer lugar y, en segundo término, generalmente bajo el subtítulo de “Crónica gene-

⁸ Para esta información, remitimos a Gabriela Mogillanzky, “Modernización literaria y renovación técnica: *La Nación* (1882-1909)” en Zanetti, 98 – ss.

ral”, aparecían noticias más amplias que los telegramas pero no firmadas y que informaban sobre temas de actualidad, de los cuales eran los más frecuentes los comentarios acerca de la guerra ruso-japonesa, epidemias varias, terremotos, detalles de los progresos materiales en distintas zonas del país, la muerte del general Mitre y la colecta pública que se inició casi de inmediato para erigirle un monumento, las sesiones de las cámaras legislativas, etc. La ciudad de La Plata tenía un corresponsal permanente, de modo que sus acontecimientos políticos y universitarios estaban siempre presentes y, en la temporada veraniega, eran de rigor las novedades sociales acaecidas en la ciudad de Mar del Plata.

Esta inclusión de la crónica en la sección más netamente informativa era un síndrome de ese efecto de simultaneidad que los medios de prensa y comunicación imprimieron al mundo moderno, a pesar de que la fecha de redacción de las crónicas no se condecía con la de publicación, por las demoras propias del sistema de correo de la época. Es de suponer que las comunicaciones transatlánticas fueron la causa de que encontremos períodos en que las crónicas de nuestro autor estén ausentes del diario, y luego una seguidilla de crónicas con intervalos semanales o de pocos días. Pero, siempre dentro de las posibilidades de comunicación de ese entonces, se lograba el efecto de actualidad y referencialidad propio de la dimensión más periodística de la crónica (Rotker, 116). El problema de la distancia temporal entre la escritura y la recepción fue motivo de una interesante reflexión de Manuel Ugarte, quien de algún modo explicaba, en sus *Crónicas del bulevar*, cómo la generalización de una experiencia singular se convertía en una estrategia para que el material que era el objeto de la crónica no envejeciera antes de llegar al lector, muchas veces, transatlántico:

...cuando la correspondencia está destinada a países lejanos, las páginas llegan casi siempre marchitas y sin interés, porque el telégrafo las ha precedido de veinte días y se ha encargado de borrar cien veces la impresión del suceso que se relata. [...] Por eso se ven obligados los que escriben a elegir temas un tanto vagos, susceptibles de generalización y de comentario ajeno a la actualidad. [...] El cronista se ve en la necesidad de refugiarse en paisajes morales y apreciaciones imprecisas. [...] (Ugarte, 18)

También Susana Rotker, en su clásico libro sobre la crónica finisecular, parte de una observación de François Perus para señalar la diferencia de estilo entre los *chroniqueurs* y los *reporters*: para diferenciarse de los segundos, los primeros se habrían consagrado a un tipo de prensa de carácter doctrinal, de estilo francés, dirigida a un público más selecto, en lugar de centrarse en la información, basada en la noticia y la sensación, propia del reporter al estilo norteamericano (Rotker 2005, 111, nota 31). Es en esta línea de la crónica doctrinal en la que podemos incluir las que fueron escritas por José Ingenieros, más allá de los eventos o personajes específicos que constituyeron su punto de partida.

A pesar del tono generalizado y doctrinal, podríamos considerar estas crónicas un capítulo de una autobiografía intelectual, como se evidencia en la denominada “Un cónclave de psicólogos”. En ella, Ingenieros expone su actuación en el congreso que había motivado el viaje. Otras veces, el autobiografismo resulta más sutil, como en la crónica dedicada al análisis de la enseñanza universitaria alemana, que contiene un elogio al talento y al trabajo intelectual, dos factores de la *meritocracia* por la que siempre abogó Ingenieros, o en el “Elogio de la risa”, donde se desarrolla una apología de los caracteres alegres y bromistas que no

puede menos que leerse, en clave especular, como una defensa de la actitud “fumista” propia de Ingenieros y del estruendoso grupo *La Syringa*, verdadera alabanza elaborada mediante argumentos médicos y evolucionistas, de este tipo:

Se es triste o alegre como se es anémico o pletórico, famélico o inapetente, ágil o torpe, bilioso o linfático [...] (*AMC*, 15)⁹

Es evidente que la risa intelectual constituye la etapa superior de la evolución de la risa humana, su más fino y acabado florecimiento: la gala más exquisita del espíritu (*AMC*, 20).

...a medida que aumenta la superioridad de las razas acreciéntase la aptitud para reír [...] (*AMC*, 21)

Cabe también considerar que los límites de espacio impuestos a este tipo de textos en el diario debieron influir en la selección y reorganización del material a publicar. Así tenemos, por ejemplo, las crónicas tituladas “Sobre las ruinas” I y II, publicadas con un intervalo de cuatro días y que muy probablemente constituyeron, en la redacción original, una sola crónica, dividida en el periódico por razones de espacio. En *Italia*, no sólo aparecen unificadas sino que incluyen párrafos que no están en la versión de *La Nación* y que, curiosamente, apelan explícitamente al lector del diario,

⁹ Esta crónica no aparece entre las publicadas en *La Nación*, la tomamos de *AMC*, edición por la cual citamos. En *OC*, en nota al pie, Aníbal Ponce aclara: “No haga mucho caso el lector a los lugares en que Ingenieros ha fechado *literariamente* algunos de estos artículos. El *Elogio de la risa*, por ejemplo, inspirado según dice por el recuerdo de Rabelais en las calles de Chinón, no es otra cosa que aquella “Apología” firmada en un principio con el seudónimo de Herminio Simmel [...]” (*OC*, 83, nota 1).

lo que demuestra que fueron escritas, para el periódico, en una versión más extensa que la que finalmente salió en sus columnas.¹⁰

En consecuencia, un problema crucial que se nos plantea a esta altura es el de la fijación del corpus de textos que conforman las crónicas de viaje de Ingenieros. Las incluidas en los libros *Italia*, *AMC*, *AMCS*, *CV* o en las *OC*, no coinciden entre sí ni con las editadas originalmente en el diario. Es decir que, además de reescrituras parciales, Ingenieros agregaba o quitaba textos en cada edición. Y esto no es algo que haya ocurrido solamente con las crónicas de viaje, sino un rasgo frecuente en toda su producción escrituraria. Es por esto que Gregorio Weinberg, al prologar el tomo correspondiente a sus obras filosóficas, lamentaba “la falta de un estudio crítico que analice en todos sus detalles las variantes de los textos de Ingenieros, sometidos siempre a reelaboración y ajuste” (Weinberg, 7). Por ejemplo, tres de las crónicas publicadas en *La Nación* no aparecen en ninguno de los libros posteriores; se trata de “La tuberculosis”, “La crisis del socialismo en Italia” y “La transmisión del pensamiento”. A su vez, en *Italia* aparece la crónica “Jesús y Federico”, recogida en los libros posteriores pero que no pudimos localizar en el diario. En *Al margen de la ciencia* se agregan algunas otras: “Elogio de la risa”, “Las

¹⁰ El relevamiento completo de las crónicas publicadas en *La Nación* nos permitió efectuar nuestra propia edición, consignada en la bibliografía. El lector también puede acceder a ella en internet, en la sección de “Recursos” de la página web de la Biblioteca de la Universidad Nacional de Mar del Plata: <http://biblio1.mdp.edu.ar/index.php?recursos>. En esa edición, se pueden leer las crónicas de *La Nación* y las variantes con que aparecieron en *Italia* y *AMC*.

manos de Eleonora Duse”, “La vanidad criminal”, “El vagabundo ilustre”, “Sobre psicología musical” y dos discursos, uno pronunciado cuando la Academia de Medicina premió su ya mencionada tesis de doctorado como la mejor obra científica publicada en el país y otro que recoge sus palabras en ocasión del banquete que le fue ofrecido al regresar al país en 1906. Como si esta compleja red de textos y ediciones fuera poco, otras publicaciones, culturales y científicas, acogieron las crónicas de viaje de Ingenieros. En primer lugar, los *Archivos de psiquiatría y criminología aplicadas a las ciencias afines. Medicina Legal. Sociología. Derecho. Psicología. Pedagogía*, una publicación bimestral fundada por Francisco de Veyga en 1902 y por entonces dirigida por el propio Ingenieros (Bagú, 75).¹¹ Otro caso es el de la revista *La España moderna*, de Madrid, fundada por José Lázaro Galdeano, simultáneamente con la editorial homónima (Asún), que recogió algunos escritos de Ingenieros, entre ellos dos de sus crónicas de viaje. En 1917, Ediciones Mínimas, emprendimiento dirigido por Ernesto Morales y Leopoldo Durán, editó en Buenos Aires el libro –con formato casi de folleto– *La intimidad sentimental*, en el que recogía tres trabajos de Ingenieros, dos de los cuales eran crónicas de viaje.¹² Además, como ya señalamos, hay una edición de la editorial Rosso, de Buenos Aires, del año 1919, bajo el título *Crónicas de viaje: 1905-1906*, reimpresa en varias oportu-

¹¹ La revista salió hasta 1913 y su título original fue *Archivos de Criminología, Medicina legal y Psiquiatría*, luego cambiado por el que consignamos arriba. En adelante, *Archivos*.

¹² El pequeño libro incluye los escritos “La intimidad sentimental”, “Los amantes sublimes” y “La enfermedad de amar”. Estos dos últimos son las mismas crónicas que fueron publicadas en *La Nación*. En adelante, *LIS*.

nidades. Esa edición, considerada la sexta, es la que se reproduce en las obras completas de Ingenieros y cuyo prólogo o “advertencia” pasó a sustituir al “exordio” de *Al margen de la ciencia*.

Para ordenar esta cuestión, ofrecemos a continuación un listado de los textos siguiendo el orden en que fueron publicados en el diario y sus variaciones en las ediciones posteriores:

1. “Un impuesto de la belleza. El mareo”, Domingo, 30.IV.1905, página 6, columnas 3 y 4. No aparece en *Italia*. En *AMC*, *AMCS*, *CV* y en las *OC* se llama “El impuesto del mar”.
2. “San Vicente”, Lunes, 15.V.1905, página 3, columnas 3, 4, 5 y 6. En *Italia*, “San Vicente. Los negros”; en *AMC* y *OC*, “Las razas inferiores”. No está en *AMCS*.
3. “Un cónclave de psicólogos”, Viernes, 2.VI.1905, página 4, columnas 1, 2, 3, 4, 5, 6 y 7. Esta crónica y las dos que le siguen en el diario, todas concernientes al congreso de Psicología, aparecen distribuidas de modo diferente en cada libro. En *Italia*, tenemos cuatro crónicas: “Un cónclave de psicólogos”, “Lombroso y los hombres pobres”, “Psicología introspectiva y psicología experimental”, “El limbo de lo sobrenatural”. En *AMC*, están todas reunidas bajo el título “Un cónclave de psicólogos”. En las *OC*, conforman la sección III, “Los psicólogos y la psicología” y están subdivididas en siete subtítulos o apartados: “Un cónclave de psicólogos”, “Corrientes generales”, “Problemas fisiológicos y experimentales”, “Reviviscencias filosóficas”, “La psicología patológica”, “Psicología jurídico social”, “Impresión de conjunto”. En los *Archivos*,

aparece como “El V Congreso Internacional de Psicología” (IV, 1905: 348-357). En *AMCS* no están.

4. “Lombroso y los hombres pobres”, Sábado, 1.VII. 1905, página 4, columnas 3 y 4 (ver notas a la crónica anterior).

5. “Últimas notas de un congreso. Caracteres de las pasiones. Sabios y estudiosos. Los órganos de la inteligencia. Fantasías del magnetismo”, Martes, 4.VII.1905, página 3, columnas 4, 5, 6 y 7 (ver notas a la crónica 3).¹³

6. “La temporada lírica de Mascagni”, Viernes, 14.VII. 1905, página 3, columnas 5, 6 y 7. Aparece con el mismo título en *Italia*, en *AMC* y *OC* cambia ligeramente por “Una temporada lírica de Mascagni”. No está en *AMCS*.

7. “El socialismo en Italia”, Miércoles, 19. VII. 1905, página 3, columnas 5, 6 y 7. Con el mismo título en *Italia*. Ausente en *AMC*, *AMCS* y *OC*. En *LEM* está incluida en un artículo significativamente más extenso, bajo el título “La evolución del socialismo en Italia”.

8. “Sobre las ruinas I. Los críticos de Roma. Una conferencia en el foro. La fastuosidad pagana. Más allá del bien y del mal”, Sábado, 29.VII.1905, página 3, columna 7; página 4, columnas 1 y 2. Esta crónica y la siguiente aparecen en *Italia* bajo los títulos de “Los peregrinos de la Italia hermosa” y “Sobre las ruinas”. En *AMC*, unificadas bajo el título “La Roma imperial”, pero ausentes en *AMCS*. En *OC*,

¹³ En el artículo “Enrique Ferri ante la Psicología del genio y del talento”, que Ingegneros publicó en los *Archivos* (1908, VII: 385-391), hay párrafos enteros que coinciden con la descripción de la oratoria de Ferri que se hace en esta crónica.

nuevamente divididas: “Entre las ruinas del foro”, “La megalomanía de los emperadores”.

9. “Sobre las ruinas II. El profesor Lanciani y el Coliseo. Las termas de Caracalla y de Diocleciano. Jaulas de mármol. Megalomanía monumental de los emperadores. La arquitectura y la democracia”, Miércoles, 2.VIII.1905, página 4, columnas 3, 4 y 5 (ver aclaraciones en la crónica anterior).

10. “La teatralidad judicial en Italia. Una audiencia del proceso Murri”, Domingo, 13.VIII.1905, página 5, columnas 1, 2 y 3. En *Italia* se llama “La teatralidad judicial en Italia”. En *AMC* y *OC*, “La justicia de Bertoldo”. Ausente en *AMCS*.

11. “Venecia. La exposición de pintura moderna. Diluvio de impresionistas. La escultura de Leonardo Bistolfi”, Sábado, 16.IX.1905, página 4, columnas 5, 6 y 7; página 5, columna 1. Tanto en *Italia*, como en *AMC* y *OC*, se denomina “El arte moderno en Venecia”. Ausente de *AMCS*.

12. “Los amantes sublimes. La casa de Julieta”, Sábado, 7.X.1905, página 4, columnas 2, 3, 4 y 5. En *Italia*, *AMC*, *LIS* y *OC*, aparece como “Los amantes sublimes”. No incluida en *AMCS*.¹⁴

¹⁴ En un libro titulado *Los amantes sublimes (estudios sobre el amor)*, aparece como un capítulo gran parte de esta crónica. El libro en cuestión, que declara en su portada que fue Pablo Ingegnieros, “hermano del autor”, quien reunió y ordenó los textos, combina secciones de las clases y conferencias de José Ingenieros que posteriormente dieron forma al *Tratado del amor* o que aparecen reunidas en la *Psicopatología en el arte*. Agradezco al señor Ángel Mateo, de la ciudad de Mar del Plata, la donación de varios libros de su

13. “Escapularios y eglantinas. Una manifestación anticlerical. Los fanáticos del ateísmo”, Domingo, 15.X.1905, página 3, columnas 6 y 7, página 4, columnas 1 y 2. No incluida en *Italia* ni en *OC*. En *AMC* y *AMCS*, “Los fanáticos del ateísmo”.
14. “La tuberculosis. El congreso de París. Un anticipo de los temas más importantes. Notas rápidas”, Domingo, 5.XI.1905, página 4, columnas 5, 6 y 7, página 5, columna 1. Ausente en todas las ediciones posteriores.
15. “La morfina en España”, Domingo, 3.XII.1905, página 5, columnas 4 y 5. No incluida en *Italia*, por obvias cuestiones temáticas. En *AMC*, *AMCS* y *OC*, “La morfina de España”.
16. “Mi amigo Max. El libro futuro”, Jueves, 4.I.1906, página 5, columnas 1, 2 y 3. No incluida en *Italia*. Forma parte de la crónica “Amigos y maestros” en *AMC*, *AMCS* y *OC*.
17. “La escuela de la felicidad. Aplicaciones prácticas de la Psicología Positiva. ¿Los infelices seguirán siéndolo?”, Miércoles, 24.I.1906, página 4, columnas 5, 6 y 7. No incluida en *Italia*. En *AMC*, *AMCS* y *OC*: “La escuela de la felicidad”.
18. “Siluetas”, Domingo, 4.II.1906, página 4, columnas 3, 4 y 5. No incluida en *Italia*. Forma parte de la crónica “Amigos y maestros” en *AMC*, *AMCS* y *OC*.

biblioteca personal, entre los cuales se encontraba este curioso ejemplar.

19. “Una hora de emoción”, Martes, 13.II.1906, página 4, columnas 2, 3 y 4. No incluida en *Italia*. Con el mismo título en *AMC*, *AMCS* y *OC*.
20. “El señor cero-a-la-izquierda y la política francesa”, Miércoles, 14.III. 1906, página 4, columnas 3, 4 y 5. No incluida en *Italia*. En *AMC*, *AMCS* y *OC*: “El señor cero-a-la-izquierda”.
21. “La enfermedad de amar”, Sábado, 31.III.1906, página 5, columnas 1, 2 y 3. No incluida en *Italia*. Con el mismo título en *AMC*, *AMCS*, *LIS* y *OC*. También publicada en la *Revista del Centro Estudiantes de Medicina*, junio de 1908, con algunas modificaciones y bajo el título: “La enfermedad de amar. Psicopatología de los enamorados.”
22. “La crisis del socialismo en Italia. La conspiración de los revolucionarios. Opiniones de Ferri y Turati”, Sábado, 21.IV.1906, página 4, columnas 5, 6 y 7. Ausente de los volúmenes posteriores.
23. “El ocaso de una gloria”, Viernes, 27.IV.1906, página 5, columnas 2, 3, 4 y 5. No incluida en *Italia*. Con el mismo título en *AMC*, *AMCS* y *OC*.
24. “Crónica florentina. Leonardo juzgado como filósofo”, Miércoles, 30.V.1906, página 5, columnas 2, 3 y 4. No incluida en *Italia*. En *AMC*, *AMCS* y *OC* aparece parcialmente reproducida y con significativas modificaciones, bajo el título “La exégesis de Dante”.
25. “Las fatigas de un huelguista”, Jueves, 31.V. 1906, página 5, columnas 3, 4 y 5. Ausente de *Italia* y *OC*. Con el mismo título en *AMC* y *AMCS*.

26. “Alegrías electorales”, Martes, 19.VI.1906, página 5, columnas 2, 3 y 4. No incluida en *Italia*. En *AMC*, *AMCS* y *OC* bajo el título “Un día de elecciones en París.”
27. “El imperialismo”, Martes, 17.VII.1906, página 4, columnas 4, 5, 6 y 7. Ausente de *Italia*. En *AMC*, *AMCS* y *OC* aparece como “Imperialismo”. En *LEM* como “Interpretación sociológica del imperialismo”.
28. “Los estudios médicos en Berlín”, Domingo, 12. VIII.1906, página 5, columna 7; página 6, columnas 1 y 2. Ausente de *Italia*. Con el mismo título en *AMC*, *AMCS* y *OC*.
29. “En la Sorbona. La licantropía y las metamorfosis humanas”, Lunes, 27.VIII.1906, página 5, columnas 3, 4, 5 y 6. Ausente de *Italia* y *OC*. En *AMC*, *AMCS* se llama “Una conferencia en la Sorbona.”¹⁵
30. “La transmisión del pensamiento. Fenómenos de percepción a distancia. El espiritismo y lo desconocido”, Jueves, 31.VIII.1906, página 5, columnas 4, 5 y 6. Ausente de las ediciones posteriores.
31. “Psicólogos franceses”, Sábado, 13.X.1906, página 5, columnas 2 y 3. Incluida en la crónica “Amigos y maestros” en *AMC*, *AMCS* y *OC*. No está en *Italia*.

A la lista aquí presentada, habría que agregar los textos que sí aparecen en los libros pero que no hemos localizado en el diario. Ellos son:

¹⁵ La crónica tiene una particular vinculación temática con el artículo: Joseph Ingegnieros, “Classification des Délires de Métamorphose. Communication à la Societé de Psychologie de París”, *Archivos de Psiquiatría y Criminología*, VII (1908): 522-528.

32. “Jesús y Federico”, en Italia, *AMC* (pero no en *AMCS*) y *OC*.
33. “Elogio de la risa”, en *AMC*, *AMCS*, *OC* y *Archivos* (año VII, enero-febrero 1908: 99-111, sección “Variedades”).
34. “Las manos de Eleonora Duse” en *AMC*, *AMCS* y *CV*.¹⁶
35. “La vanidad criminal” en *AMC* y en *Archivos* (VI, 1907: 161-173). El artículo se transcribe también en *Nuestro tiempo*, de Madrid, en la sección “Revista de revistas” (104, agosto, 1907: 220-231).
36. “El vagabundo ilustre” en *AMC*, *AMCS* y *OC*.
37. “Sobre psicología musical” en *AMC*, pero no en *AMCS*.
38. “La intimidad sentimental”, en *LIS*.¹⁷

A estas complejas relaciones entre los textos y sus múltiples ediciones, cabría agregar las variantes escriturarias que registran debido a su desplazamiento desde las páginas del periódico hacia los libros u otras publicaciones vinculadas con la modernización cultural o la actualización científica, como ocurre con el caso de los *Archivos* o *LEM*. Si, por

¹⁶ Es la única diferencia que encontramos entre *CV* y las *OC*: que la edición de 1919 incluye la crónica sobre las manos de la Duse, ausente de las *OC*.

¹⁷ No encontramos en *La Nación* ni en ninguno de los otros libros de crónicas el artículo “La intimidad sentimental”, que en realidad guarda correspondencia con algunos sectores del *Tratado del amor de Ingenieros*, aunque aparece fechado en Roma, en 1905, e incluido en el libro homónimo, de 1917.

ejemplo, nos propusiéramos determinar la clase de variaciones que sufren los textos de las crónicas entre las distintas ediciones, podríamos establecer una tipología como la siguiente:

a. *Variantes tipográficas.* Suele ocurrir que entre una edición y otra aparezcan modificaciones que parecen responder a un criterio tipográfico. Nos referimos con esto al uso de palabras mayúsculas en algunos nombres (exposición / Exposición; correo / Correo) o al empleo de comillas o bastardillas para destacar palabras: en el diario se suelen usar comillas para enfatizar palabras, muchas de las cuales aparecen con bastardillas en los libros, sobre todo en *Italia*; por ejemplo, se usan comillas en *La Nación* para destacar los títulos de óperas en “La temporada lírica de Mascagni”, que se sustituyen por itálicas o bastardillas en *Italia*. En cuanto a la segmentación de las crónicas del diario en secciones marcadas por una breve línea o asteriscos, a veces diverge de la subdivisión de las crónicas en los libros. Otra diferencia tipográfica, que podría estar motivada por razones de espacio, es la expansión de abreviaturas: en la crónica sobre “Venecia” (*La Nación*) se usa constantemente la sigla P.S.M. para hacer referencia a la Plaza de San Marcos o C.G. para aludir al Canal Grande.

b. *Puntuación.* Es una de las variantes más frecuentes entre las distintas versiones. Por ejemplo, Ingenieros usa el punto y coma en el diario con excesiva frecuencia pero en los libros transforma esas frases en oraciones independientes, finalizadas con un punto. Dentro de esta clase de variantes podemos ubicar las transformaciones que sufren los discursos de los oradores del V Congreso de Psicología, reseñados en “Un cónclave de psicólogos”. En *La Nación*, se los

cita bajo la forma del discurso indirecto, en *Italia* se transforman en discurso directo, entrecomillado, y en *AMC* vuelven a aparecer como discursos indirectos.

c. *Reescrituras parciales, variantes léxicas y sintácticas*. El reordenamiento o alteración de frases entre una y otra versión de las crónicas es sumamente habitual. En algunos casos se trata de aclaraciones necesarias por el cambio de contexto editorial. Por ejemplo, en “San Vicente”, hablando de la empobrecida población, dice el autor: “Cuando no huelgan pueden ganar por día una cantidad de reis fuertes, que corresponde a poco más de un peso argentino”. Eso ocurre en la versión de *La Nación*. Cuando ese texto se publica en España, en el libro *Italia*, la frase finaliza ampliada, con una comparación monetaria: “que corresponden a poco más de dos francos o un peso argentino”.

En otros casos, los cambios parecen responder a cuestiones de estilo, como el agregado o supresión de conectores. Veamos, por ejemplo, una misma frase que es reescrita en todas las variantes, tomada de “Lombroso y los hombres pobres”: “La controversia fue larga y vivaz. Ferri es un orador extraordinario” (*La Nación*); “La controversia fue larga y viva: Ferri es un orador extraordinario, es el talento en acción” (*Italia*); “La controversia fue larga y vivaz. Ferri, cerebro luminoso al servicio de una vasta cultura, es un orador extraordinario: el talento en acción” (*AMC* y *OC*). También parecen responder a cuestiones de estilo las múltiples sustituciones de palabras, por ejemplo “otrora” en “La temporada lírica de Mascagni” de *La Nación*, por “antaño” en las versiones de *Italia* y *AMC*.

En algunos casos, las modificaciones obedecen a una actualización de los datos, aun en casos tan modestos como

el siguiente, en que Ingenieros, hablando de su colega rumano Vaschide, decía en *La Nación*, en 1905: “Es un joven de treinta y un años” (“Últimas notas de un congreso”). En *Italia*, publicado al año siguiente, se corrige: “Es un joven de treinta y dos años”. Otras variantes léxicas afectan nombres propios: los Montequios y Capuletos de “Los amantes sublimes” de *La Nación* son Montescos y Capeletes en *Italia* y *AMC*, respectivamente.

Entre estas modificaciones parciales merecen particular atención las alteraciones de las frases finales de algunas crónicas, como ocurre en “Sobre las ruinas II”, donde Ingenieros especula sobre el futuro de la arquitectura monumental para concluir con estos párrafos:

Todo esto es presumible para un porvenir más o menos lejano, cuyas tendencias podemos inducir estudiando el pasado y el presente.

Algún sociólogo soñador observará, con excesiva lógica, que si hoy mismo pudieran suprimirse de una plumada, con tinta roja, los presupuestos de guerra y marina, podrían transformarse nuestras capitales modernas en centros de arte suntuoso y de excelsa cultura.

La idea es magnífica. ¡Lástima que no se pueda!

En *AMC*, el final está escrito en el tono profético de una utopía cuya concreción se proclama como inminente:

Todo esto es presumible para un porvenir más o menos lejano, cuyas tendencias podemos inducir estudiando el pasado y el presente, las grandes capitales modernas serán centros de arte suntuoso y de excelsa cultura por obra de los siglos, después de llegar a la plenitud de la civilización burguesa y cuando asome en el horizonte el crepúsculo de su decadencia.

Algo similar ocurre con el inicio de los textos. La crónica sobre “Venecia” comienza así: “Es necesario protestar contra toda forma de admiración obligatoria” (*La Nación*), frase que en *Italia y AMC* se sustituye por: “*Nuestra Señora de los Mares Muertos* es su bautismo en Arte; confesemos también, que es una gran señora muerta.”

d. Adiciones y supresiones de frases y párrafos dentro de una misma crónica. Hay, efectivamente, crónicas que se resumen en las versiones de los libros o que se expanden, sobre todo en lo que hace a los argumentos sociológicos, científicos, políticos, etc. que el autor desarrolla a partir de lo observado en la experiencia del viaje. Nuevamente tenemos un claro ejemplo en “San Vicente” (*La Nación*), crónica en la cual afirma: “Cuanto se haga en pro de las razas inferiores es anticientífico; a lo sumo se les podría proteger para que se extingan agradablemente, facilitando al mismo tiempo la adaptación provisional de los que por excepción puedan hacerlo.” Antes de continuar con el resto del párrafo, en *Italia* se agrega una frase más lapidaria aún y que no figura en la versión del periódico: “Es necesario ser piadosos con estas piltrafas de carne humana; conviene tratarlos bien, por lo menos como a las tortugas seculares del Jardín Zoológico de Londres o a los avestruces adiestrados que pasean en el de Amberes.” En varios otros casos, la reescritura que tiene lugar en la versión de los libros es aprovechada para expandir ideas apoyándolas en citas de autoridad o en desarrollos argumentales que no habían tenido cabida en la versión inicial. Así, por ejemplo, tenemos, en la misma “San Vicente”: “Algunos sociólogos, con criterio de filántropos antes que de sabios, ofrecen artificiosos ejemplos a estas realidades aflictivas; para ellos las razas humanas se equivalen en principio, bastándoles el carácter de humanas para ser igualmen-

te civilizables.” Esta frase puede considerarse una síntesis del mismo pasaje en las versiones de *Italia* y de *AMC*, ocasión en que la idea se profundiza en una tirada algo extensa pero que vale la pena citar completa, para dar idea cabal de las modificaciones a las que se someten estos textos entre una y otra versión:

Algunos sociólogos, con criterio de filántropos antes que de sabios, ofrecen artificiosas razones a estas realidades afligentes. Juan [AMC: Jean] Finot, en su reciente libro *El prejuicio de las razas*, [AMC: *La preocupación de las razas*], ha sintetizado los mejores argumentos que el sentimentalismo puede oponer a la descarnada crueldad de los hechos. Existen dos cuestiones, absolutamente distintas, que suelen englobarse en una sola. Por una parte encontramos a los autores que ponen los factores étnicos como base de la sociología, a la manera de Laponge [AMC: Lapouge] o de Folkmar. Su antecesor directo es Nietzsche y su precursor Gobineau, cuya exégesis reciente debemos a Ernest Seillière, Robert Dreyfus, Jacques Morland y otros. Para ellos la cuestión de las razas existe en el seno mismo de las razas blancas. Ese es el absurdo o, por lo menos, el terreno incierto y escabroso. El antagonismo entre arios y semitas, entre dolicocefalos y braquicefalos, carece de pruebas; en esta parte es fuerza convenir con Finot que la cuestión de las razas es un prejuicio antes que una realidad. Pero el problema tiene otra fase; Finot la resuelve sobreponiendo su buena intención a la verdad misma de los hechos. Max Nordau, que en estas mismas [AMC: las mismas] columnas de *La Nación* se ha entusiasmado por su libro, no pudo menos que asestarle un golpe de gracia, diciendo: “No hablemos de las razas de color. El caso de ellas no necesita ser definido. Su inferioridad es incontestable.” Esa breve sentencia está corroborada por la opinión de todos los hombres de estudio que han visto poblaciones de negros. Cuando

D'Haussonville, partidario de los negros, los vio en Virginia y en la Georgia, cambió de opinión y tuvo la honradez de confesarlo. “¡Pobres negros! Me intereso mucho por ellos y, sin embargo, debo hacer una confesión. Llegué a América siendo absolutamente negrófilo, convencido hasta los tuétanos de que entre un negro y un blanco no había diferencia alguna, salvo el color de la piel. Después, poco a poco, acabé por comprender el prejuicio, concediendo que lo fuera, y hoy debo declarar con toda humildad que no me es posible considerar a un negro como mi semejante.” Esta valiente declaración puede leerse en sus *Notas e impresiones a través de los Estados Unidos*. En un libro de Enrique Gaullier, *Estudios americanos*, muy superior a su reputación, no obstante haberlo dedicado a Taine, que aceptó muy complacido el homenaje, hemos leído alguna vez un breve cuento que vale un tomo de filosofías sobre las razas. En el Far-West, en un lejano confín de Montana, una casa única se levantaba sobre el territorio casi desierto. Bajo el alero de la casa [AMC: mansión] estaban cuatro seres humanos. El primero de ellos era un americano, propietario de esas tierras; estaba tendido en su silla de campo, los talones apoyados en la balaustrada, a la altura del mentón; un cigarro humeaba entre sus labios y leía un ejemplar de diario llegado por el último correo. El segundo, apoyado en las columnas de la glorieta, contemplaba con aire grave y solemne el horizonte de las montañas azuladas que se perfilaban a la distancia, entre las cuales el sol descendía rápidamente; apoyaba su mano sobre el cañón de una carabina, envuelto el cuerpo en un amplio manto rojo, sobre el cual descendían largas trenzas de cabellos negros adornadas por una pluma de águila: era un piel roja. El tercer sujeto era un negro; tarareaba entre dientes alguna canción, mientras engrasaba un par de botas pertenecientes al amo blanco; sus cabellos crespos, su cabezota redonda y sus dientes blanquísimos, como los de un perro, contrastaban singularmente con la silueta broncea-

da del autóctono. Por fin, el cuarto hombre era un chino, el cocinero de la casa; vagaba en torno de una olla, sin que su larga cola occipucial pareciera incomodarle en sus operaciones culinarias. Ante ese cuadro profundamente simbólico, Gaullier se formuló esta pregunta: “¿Ese americano, ese propietario reclinado en su cómoda silla y leyendo su diario en medio del desierto, no es, por decir así, el símbolo viviente de la supremacía de la raza blanca?” Podrá haber divergencias de detalle; Jules Huret, en su *enquête De San Francisco al Canadá*, cree que los pieles-rojas no son superiores a los negros. Pero la opinión se manifiesta uniforme en advertir el abismo que existe entre los hombres blancos y los hombres de color. En última instancia, como observó Gastón Deschamps en *Le Temps*, el mejor argumento que Roosevelt haya dado en favor de la superioridad de la raza blanca, es el gesto humanitario con que hizo sentar a su propia mesa al negro Booquer [AMC: Boocker] Washington. No cabe en una correspondencia periodística [AMC: en una crónica] el debate amplio de tan amena [AMC: obtusa] cuestión, ni podrían recordarse todas las opiniones que convergen a demostrar estas palabras autorizadas de Renán: “Los hombres no son iguales: las razas no son iguales. El negro, por ejemplo, está hecho para servir las grandes cosas queridas y concebidas por el blanco.” Opinión decidida y catapultante; la hubiera firmado el propio Gobineau. Las razas humanas son diferentes en principio, son desiguales, no se equivalen, no son todas igualmente civilizables. La igualdad humana es un sueño digno de ingenuos como Cristo y de enfermos como Bakounine. [AMC: de ingenuos como Cristo y Bakounine].

Obsérvese que es precisamente en la versión de los libros donde se habla de “crónica” o “correspondencia” periodística y se hace referencia a otros textos publicados “en estas mismas columnas de *La Nación*”, a pesar de que este

largo fragmento que citamos no aparece en la versión del periódico, ya sea porque fue agregado después o, lo más probable, porque fue reducido por los editores. También en una crónica que apunta a desarrollar una tesis política, “El socialismo en Italia”, hay oraciones que se expanden, en las versiones de *Italia* y de *LEM*, en párrafos enteros que incluyen, a su vez, notas al pie con citas bibliográficas tendientes a sostener las ideas que se exponen. La cantidad de autores y referencias que se citan en “Sobre las ruinas I”, llamada después “Los peregrinos de la Italia hermosa”, también se incrementa en la versión de los libros respecto del periódico, agregando, incluso, citas entrecomilladas de Shelley y otros autores, como si se tratase de un compendio de la literatura de viajes sobre Italia, hecho a conciencia, en una biblioteca.

Además de los agregados en favor de la argumentación ideológica o la erudición, tenemos aquellos que simplemente parecen completar información de eventos. Por ejemplo, Ingenieros concluye el relato de sus intentos por encontrarse con la célebre médium Eusapia Palladino, en “Últimas notas de un congreso”, comentando que “Un colega muy ilustrado y en extremo gentil, el Dr. Testa, nos proporcionó una carta para su amiga Eusapia. La visitamos en Nápoles, pasando para Pompeya, y obtuvimos la promesa de que regresaría a Roma a fin de efectuar algunas sesiones experimentales.” En *Italia* nos enteramos de la conclusión de la aventura, algo decepcionante: “Desgraciadamente, no pudimos llevar a cabo nuestro buen deseo; pocos meses después estuvo en París, llamada por el Instituto Psicológico, misteriosamente oculta por sus experimentadores, hasta el punto de negársenos su presencia, no obstante llevar para ella una carta de orden íntimo y personal.”

e. *Transformaciones paratextuales*. Dentro de esta categoría, ubicamos, en primer término, las modificaciones de títulos y subtítulos, en las cuales no nos detenemos exhaustivamente porque es claramente visible en la lista que elaboramos arriba. Simplemente, deseamos llamar la atención sobre casos notables, como la crónica inicialmente titulada “San Vicente” que en *Italia* se llama “San Vicente. Los negros” y en *AMC* adquiere el rango de un escrito biosociológico en la línea del más crudo darwinismo social, al denominarse “Las razas inferiores”. Transformaciones igualmente significativas desde las alteraciones en los títulos podemos observar en crónicas como “Sobre las ruinas” o las dedicadas al congreso de Psicología.

Otra modificación paratextual significativa ocurre con la pérdida de la estructura epistolar propia de la versión inicial de las crónicas y los cambios producidos al consignar los datos de lugar y fecha. En *La Nación*, las crónicas se presentan como cartas al director con un encabezado que reza: “Señor director de La Nación”. En la versión de *Italia* desaparecen las fechas y el encabezado usual en el diario. En *AMC* tampoco figura este encabezado aunque sí el lugar y la fecha. Pero además de estos cambios globales entre una y otra edición, hay algunos más puntuales. Por ejemplo, “Un impuesto de la belleza. El mareo” aparece en *AMC* como “El impuesto del mar” pero, en lugar de estar fechada “A bordo del Sirio”, dice sencillamente “Sobre el Océano”.¹⁸ “La

¹⁸ Un dato curioso: tiempo después de la llegada de Ingenieros a Europa se lee, en las mismas páginas del diario *La Nación* del mes de agosto de 1906, el escabroso relato periodístico, que se amplía en ediciones sucesivas, del naufragio del transatlántico Sirio que hacía la ruta Italia-Río de la Plata.

enfermedad de amar” está fechada en Roma en la versión de *La Nación* pero en *AMC* se declara como escrita en Nápoles. Más curioso aun es el cambio de “El ocaso de una gloria”, datada en Roma según *La Nación*, se presenta como escrita en Londres en *AMC*, lo cual obliga a producir algunos desplazamientos topográficos en la escritura de los primeros párrafos: “En Roma, en el hall del Hotel Excelsior, entre una y otra espiral de habano, conversábamos de frivolidades risueñas.” (*La Nación*), “En el hall de un gran hotel, entre una y otra espiral de habano, conversábamos de frivolidades risueñas” (*AMC*).

Por último, cabe mencionar, entre las variantes paratextuales, el aparato de notas al pie que aparece en los libros –ya mencionado cuando hablábamos de las citas de autoridad que convoca Ingenieros– que llegan al punto de utilizarse para incluir notas sobre la recepción de las mismas crónicas, como ocurre en “Alegrías electorales”. Efectivamente, al hacer una referencia a los carteles electorales, sus graciosas leyendas y el derroche de imaginación popular que representan, la versión de *AMC* –“Un día de elecciones en París”– incluye una nota al pie en la siguiente frase, que alude al eco que tuvieron, en su momento, estas crónicas:

Los carteles electorales sirven para todo y tienen ya su historia. Las anécdotas que referimos a continuación circularon por más de cien diarios y revistas de París ⁽¹⁾, regodeando a los lectores antiparlamentarios.

⁽¹⁾ Inclusive, algunas, en la titulada *Je sais tout*, según lo hizo notar oportunamente, en *El País*, un admirador de estas crónicas.

f. Reordenamiento y redistribución temática. Sólo con ver el listado que ofrecimos líneas arriba, es fácil adver-

tir la forma en que el material narrativo fue redistribuido y reorganizado en las distintas versiones —crónicas que se subsumen en una sola, otras que se segmentan en varias, etc. Eso obliga a efectuar transformaciones en el interior de los textos: por ejemplo, en *AMC*, la crónica “Últimas notas de un congreso”, que se funde con el resto de las referentes al congreso de Psicología bajo el título de “Un cónclave de psicólogos”, exhibe en último lugar los párrafos finales de la que ostentaba este último título en *La Nación*, que se convierte, así, en la crónica que encierra o incluye a las otras dos —es decir, que las crónicas no fueron unificadas colocando simplemente una detrás de otra, sino que el material fue parcialmente reorganizado.

Otro caso interesante es lo que ocurre con las crónicas que terminan subsumidas en la llamada “Amigos y maestros” en *AMC*. Por ejemplo, las referencias a Jaime de Borbón que aparecen en “Siluetas”, en *La Nación*, no tienen cabida en la nueva agrupación del material cronístico, así que ese personaje está suprimido de la versión de *AMC*. Es que *AMC* unifica la crónica “Psicólogos franceses” con la originalmente llamada “Mi amigo Max” y, bajo el título de “Amigos y maestros”, subdivide el texto en ocho secciones, subtituladas: “Cuatro psicólogos franceses”, “Henri Piéron”, “Max Nordau”, “Richet”, “Rodin”, “El abate Peillaube”, “Metchnikoff”, “Fraya”.

Pero quizás el caso extremo sea el que ocurre con “Crónica florentina. Leonardo juzgado como filósofo” que se convierte, en los libros, en “La exégesis de Dante”. Las versiones del diario y de los libros sólo comparten, en consecuencia, algunos párrafos iniciales, diferenciándose sustancialmente después, ya que tratan de dos artistas diversos.

Como ya advertimos, otras crónicas publicadas en *La Nación* no pasaron a los libros: se trata de “La tuberculosis”, “La crisis del socialismo en Italia” y “La transmisión del pensamiento”. Y cabe también señalar la aparición, en *Italia*, de la crónica “Jesús y Federico”, recogida en los libros posteriores pero que no encontramos en *La Nación*, dedicada a las figuras de Jesucristo y Nietzsche. En *AMC* se incluyen, a su vez, varias crónicas que no están en el diario ni en *Italia*: “Elogio de la risa”, “Las manos de Eleonora Duse”, “La vanidad criminal”, “El vagabundo ilustre”, “Sobre psicología musical” y dos discursos, pronunciados en ocasión de haber obtenido Ingenieros el Premio de la Academia de Medicina a la mejor obra científica publicada en el país –el libro producto de su trabajo de tesis en medicina, *Simulación de la locura*– y en el banquete que se le ofreció al regresar al país en 1906.

En cuanto a la edición de las crónicas que integra las obras completas, también ofrece variantes y supresiones respecto del diario y las primeras ediciones en libros. Entre ellas destacamos la ausencia de la crónica sobre “Las manos de Eleonora Duse” así como de las tres que consignamos arriba como publicadas únicamente en el diario. Por otro lado, esa edición ofrece las crónicas totalmente reorganizadas en relación con las versiones previas, puesto que se divide en cinco apartados cuyo contenido varía desde una sola hasta doce crónicas: “Elogio de la risa”, “Italia”, “Los psicólogos y la psicología”, “Al margen de la ciencia” y “Dos discursos”.

II

Prólogos, discursos y homenajes

En la sección anterior señalamos cómo, al pasar al libro, las crónicas de Ingenieros habían sufrido modificaciones. A los cambios de estilo y contenido en varias de ellas, se agrega la existencia de paratextos propios de la disposición textual en volumen.¹ Si, por ejemplo, tomásemos en consideración el contexto de las crónicas en el periódico, deberíamos detenernos en el análisis no sólo de los otros artículos entre los cuales aparecen estos escritos, ya se trate de crónicas o de otras tipologías discursivas propias de la prensa, sino también de los paratextos icónicos como las fotografías o ilustraciones de diverso tipo que son visibles en las páginas de *La Nación*. Cabe destacar precisamente aquí que, de todas las crónicas del viaje de Ingenieros, sólo una fue acompañada por una fotografía, la titulada “Un cónclave de psicólogos”, publicada el 2 de junio de 1905. En dicha fotografía, posan todos los participantes del congreso de Psicología de Roma, con Ingenieros en primera fila.² La presencia

¹ Para las definiciones del *paratexto* y sus categorías, seguimos el clásico libro de Maite Alvarado.

² La fotografía se encuentra reproducida también en Luna, 115 y en Ingenieros 2009, 32.

de la fotografía agrega, por cierto, un plus de referencialidad, un valor constativo o de autenticación que refuerza la convención pragmática que hace posible la lectura de discursos como las crónicas o las autobiografías.³

Al pasar al libro, el universo simbólico en que se inscriben estas crónicas se redefine también, en gran medida, desde los paratextos, tanto editoriales como autorales, que acompañan las nuevas ediciones y que, como es bien sabido, colaboran en reconfigurar el horizonte de recepción de estos escritos de viaje. Por ejemplo, es interesante notar que en *Italia* [1906], la editorial Sempere promociona las últimas obras sacadas a la venta, por el valor de una o tres pesetas, así como el reglamento de accidentes de trabajo o un manual sobre estilo de cartas. Además, anuncia una obra en venta “del mismo autor”, que en la portada es presentado como “Catedrático en la Universidad de Buenos Aires”: *La simulación en la lucha por la vida*, al módico precio de una peseta. En una reimpresión posterior, ya son varias las “Obras del mismo autor publicadas por esta casa” que se publicitan en las páginas iniciales: *Histeria y sugestión*, *Simulación de la locura*, *La simulación en la lucha por la vida*. Al final del volumen, se ofrecen otras “Obras publicadas a tres pesetas el tomo” –entre las que se incluyen textos de ciencia, historia y filosofía–, un aviso a página completa de la *Historia socialista (1789-1900)* dirigida por Juan Jaurés y el listado de obras editadas de V. Blasco Ibáñez, destacándose la más reciente: *Sangre y arena*. Esto es interesante porque en las

³ Afirma Roland Barthes que una foto es “literalmente una emanación del referente”, que posee “una fuerza constativa” y que, en ella, “el poder de autenticación prima sobre el poder de representación” (Barthes, 126, 137).

crónicas de Ingenieros hay ecos de los saberes y personajes mencionados en los avisos editoriales: Jaurés aparece en las crónicas sobre el socialismo en Italia y, aunque no incluida en este volumen – por no ser de tema itálico –, la crónica sobre la corrida de toros enviada desde España se inserta en la misma línea de reflexiones sociológicas que podemos apreciar en la novela de Blasco Ibáñez. Pero ahora quisiéramos concentrarnos en los paratextos que sí son producto del autor.

En *Italia*, tenemos un “Breve prolegómeno” fechado en abril-junio de 1905, lo cual demuestra, para empezar, que Ingenieros compiló este libro antes de finalizar el envío de crónicas a *La Nación*, lo cual complejiza las relaciones intertextuales entre las distintas ediciones. Como era de esperar, ese prolegómeno está marcado por un autobiografismo semioculto: aunque no firmado y escrito en tercera persona, se hace referencia a la experiencia del autor en Roma, tanto en el congreso científico como en su calidad de viajero; se dice que estos textos son sus “impresiones” frente a un “pasado magnífico” y a su observación de “algunas fases de la Italia moderna, con el cariño doblemente filial de la raza y de la cultura” (*Italia*, V). Inmediatamente, se pasa a explicitar la génesis del libro como producto derivado de las páginas del diario:

El señor Emilio Mitre, director del diario *La Nación*, de Buenos Aires, tuvo la amable idea de invitar [al autor] a enviar algunas correspondencias, traduciendo sus impresiones inmediatas, hojas al pasar. Ellas, reunidas hoy, componen este volumen, con las rápidas modificaciones– más de estilo que de concepto– impuestas por la responsabilidad del libro; su origen explica las inevitables lagunas que advertirá el lector. Estas páginas son un descanso, un breve paréntesis

que el autor intercala en los estudios científicos que le son habituales. Si mereciera ser dedicado, lo estaría al señor Emilio Mitre, que colaboró en él con su cortés iniciativa (*Italia*, VI).

De este modo, la escritura en el diario es el punto originario de unas páginas que se ven canonizadas al convertirse en libro, dedicado, en un proceso circular, al director del periódico. Se hace hincapié en la espontaneidad de la escritura –“impresiones inmediatas”, “hojas al pasar” –, que se justifica por el hecho de ser el resultado de una experiencia vital y porque es una escritura alejada de “los estudios científicos” con los que el autor Ingenieros busca identificarse. Curiosamente, la primera persona irrumpe en las últimas líneas, mediante un verso de Dante que el emisor del “Breve prolegómeno” hace suyo, al sintetizar en una línea del célebre florentino su visión de Italia: “Un solo verso del poeta unánime, del más infinito, podría resumir estas impresiones: *Vegno di loco ove tornar desio*” (*Italia*, VI).

Pasando ahora a *AMC*, encontramos algunas cuestiones de interés para el tema que nos ocupa. En primer lugar, conviene efectuar aquí una aclaración: en el clásico libro que dedicó a Ingenieros, Sergio Bagú destina un capítulo a reseñar la obra de nuestro autor durante este primer viaje a Europa. Allí declara que el joven médico envió cuarenta crónicas de viaje a *La Nación* de Bs. As. La cifra parece aproximativa. No hemos localizado más de treinta y una en el periódico, como puede verse en el índice que incluimos en la primera sección. Pero tal parece que Bagú cita las crónicas basándose en las versiones recogidas en los libros –cuyo número, como hemos señalado, se incrementa respecto de las efectivamente publicadas en *La Nación*. Asimismo, en la bibliografía de la obra de Ingenieros que incluye al final de

su libro, no cita las referencias a las crónicas que aparecieron en ese diario, a pesar de que sí consigna muchos otros artículos que vieron la luz en revistas y periódicos. El mismo Bagú sostiene que la primera edición completa de las crónicas de viaje es *AMC* y parece tomar ese libro como referencia, pues aclara que muchos de esos textos no fueron incorporados en la edición posterior de las *Obras completas*, a lo cual nosotros podemos agregar que tampoco todos aparecieron en las páginas de *La Nación*. En el libro de Bagú, el análisis de las crónicas es escaso si se lo compara con la atención que le presta al resto de la producción de Ingenieros, lo cual justifica citando el pasaje del “Breve prolegómeno” a *Italia*, comentado arriba, en el que Ingenieros equiparaba estos escritos suyos con un “breve paréntesis” intercalado “en los estudios que le son habituales”. Basándose en esa declaración autoral, Bagú sentencia: “Su jerarquía dentro de su obra total queda dada por éste. Diríamos que son crónicas y narraciones periodísticas –lo que en el oficio se llama tan genéricamente *notas*–. Mas agreguemos, también, que son las más hermosas y amenas que hemos visto publicadas en nuestro país” (Bagú, 95). Lamentablemente, pareciera que esta opinión sobre el lugar marginal de las crónicas de viaje en la producción de Ingenieros, surgida del propio autor y recogida por biógrafos como Bagú, ha motivado el descuido, por parte de la crítica, de textos que resultan sumamente interesantes desde un punto de vista tanto ideológico como estético.⁴

⁴ Una excepción podría ser Max Henríquez Ureña, quien incluye a Ingenieros entre los escritores modernistas justamente por haber redactado estas crónicas (Henríquez Ureña, 200).

Sin embargo, hay que coincidir con Bagú en que el propio Ingenieros minimizó el valor de sus crónicas de viaje en relación con el resto de su producción. En *AMC*, los paratextos que nos interesa analizar son un “Exordio” y dos textos reunidos bajo el título “Dos discursos”: “Plus Ultra” y “Volviendo al terruño”. El “Exordio”, también breve y ahora en una explícita primera persona, repite el *leitmotiv* de que estas crónicas fueron escritas “Para descansar de mis estudios científicos habituales” (*AMC*, 9). Pero a continuación, aparecen unas frases que configuran la imagen del emisor no sólo como un científico sino también como un escritor, que se ampara en la experiencia compartida nada menos que con el célebre Dante —otra vez— y que culmina en una alegoría bio-sociológica, justificando la publicación de un libro de estas características en Buenos Aires y dejando entrever el complejo lugar de las letras en una sociedad donde el bienestar económico parecía obliterar, en lugar de favorecer, el desarrollo del “espíritu”:

...creo necesario justificar la publicación de un libro en este medio que no prodiga estímulos a las tareas del espíritu. La recompensa del escritor es subjetiva, íntima: *intender non la può chi non la prova* (Dante, *Vita nuova*, XXVI).

Alguna vez, encorvado sobre el ocular de un microscopio para sorprender el misterio de los infinitamente pequeños, creí descubrir en la energética de los microbios un símbolo de nuestra propia vida.

Sobre la gelatina pálida de los cultivos experimentales una esfumada mancha roja advertía la soñolienta incubación de cierta colonia microbiana. Inerte, bajo el microscopio, parecía dormir el letargo de una existencia inútil.

De pronto un rayo de luz incidió la superficie de la pálida gelatina; la mancha roja se puso en movimiento, animada

por vitalidades generosas y fecundas, como si en la materia dócil hubiese penetrado la plenitud vigorosa de energías nuevas.

Pensé, entonces, que el trabajo intelectual merece cultivarse con amor, aun en países que cifran su grandeza en la agricultura y la ganadería. La inteligencia es el rayo de luz que fecunda esotra pequeña mancha roja, de microbios también ella, que es la humanidad... (AMC, 9).⁵

Este elogio a la “inteligencia” y al “trabajo intelectual” tendrá su correlato en los dos discursos con que se cierra el libro. El primero, titulado “Plus Ultra”, es el discurso que Ingenieros pronunció en 1904 en el banquete que se le ofreció al obtener el premio de la Academia de Medicina a la mejor obra científica publicada en el país por el libro derivado de su tesis de doctorado: *Simulación de la locura*. En su agradecimiento al auditorio que lo celebra, Ingenieros afirma:

...Descubro en el aplauso un estímulo; en el elogio un pacto. La celebración de este éxito me parece un violento hincar de espuelas sobre el flanco del trabajador que sospecháis cansado, compeliéndole a nueva y proficua labor, para exigirle realizaciones concordadas con vuestros amistosos sentimientos (AMC, 417).

Así, Ingenieros expone su concepción de la vida como acción continua: “Vida ascendente y programa infinito, debe ser la fórmula para la juventud. Llegar es acomodarse y reposar, gozando del trabajo pasado; es decir, enmoheciendo los engranajes” (418). En ese sentido, la construcción de una

⁵ Años después, en la advertencia de la 6a edición, dice que incluyó esos párrafos “a guisa de justificativo, ya que en esa fecha no había público para los libros argentinos” (CV, 7; reproducido en OC, 81).

trayectoria intelectual y vital retoma la clásica imagen del viaje, lo cual quizás sea el punto de vinculación con las crónicas del resto del libro, aunque se trata ahora de un viaje metafórico donde el éxito alcanzado por el premio concedido no es más que una de las estaciones y nunca puede significar el final del itinerario:

Los éxitos no señalan el fin de la acción, no realizan ideales: en la vida intensa y ascendente no hay estaciones de llegada. Son, apenas, oasis de fresca sombra esparcidos en el interminable arenal de la lucha por la vida. [...]

Para el hombre de ciencia, para el filósofo, para el artista, los panoramas son ilimitados, las rutas para la acción superan todo cálculo (*AMC*, 420).

Viaje y autobiografismo parecen ser, en efecto, los vínculos entre este discurso que homologa la tarea intelectual con un viaje y que culmina con una anécdota de la infancia, recordando otro premio que el autor había recibido en el Instituto Nacional que dirigía Pedro Ricaldoni, cuando contaba con apenas siete años, lo cual había ocasionado lágrimas emocionadas de su madre. El niño Ingenieros, que no entendía la razón del llanto materno, había alcanzado a justificarse diciendo: “No llore, no llore, no lo haré más: ¿qué culpa tengo si me han dado esa medalla?” (*AMC*, 422). Pero también hay otro aspecto que vincula este discurso con las crónicas: la llegada a Europa como *consagración* intelectual y social, como la prueba palpable de esa relación directa entre mérito y éxito que es una constante en la concepción del trabajo intelectual en Ingenieros. Es obvio que el viaje a Europa era, como para muchos latinoamericanos de su generación, una experiencia formativa ineludible. En este discurso, Europa –y sobre todo París, sinécdoque y cifra de la cultura europea– aparecen como el próximo punto de

llegada al que se pretende arribar en el itinerario infinito de este viajero del conocimiento:

Os invito a levantar la copa, augurando que en breve plazo, un argentino de mi generación sobrepase este éxito obtenido ante la Academia de Medicina de Buenos Aires, y pueda anunciar que ha conquistado, para nuestra intelectualidad, una recompensa honorífica de la Academia de Medicina de París (*AMC*, 422).

En total sintonía con este deseo, encontramos a continuación el discurso “Volviendo al terruño”, pronunciado en 1906, en el banquete que le fue ofrecido a Ingenieros para celebrar sus “triumfos científicos” en el Viejo Mundo. Esos “triumfos científicos” consistían, además de una serie de publicaciones y conferencias de Ingenieros que tuvieron lugar en España, Francia e Italia, en un accésit que la Academia de Medicina de París le había otorgado por su obra *Le langage musical et ses troubles hystériques*, editada en París por Félix Alcan en 1906 (Bagú, 103). Entonces, en “Volviendo al terruño” tenemos una especie de confirmación del deseo formulado en “Plus Ultra”: el joven que había sido destacado por sus compatriotas en el homenaje a su tesis doctoral volvía con la “recompensa honorífica” de la academia médica de París. En consonancia con el “Exordio”, el discurso se convierte en un elogio a la “energía humana” que anima la ciencia, el trabajo y el arte y que abre caminos a la civilización: “La historia de la humanidad es la historia de su energía [...]” dice Ingenieros, y agrega: “Invariable adepto de este culto, el balance de mis vagancias por Europa es sencillo y cabe en dos palabras: *he trabajado*” (*AMC*, 424). Finalmente, cierra el círculo al decir, ante los comensales erigidos en jueces:

...Al volver hoy ante vosotros, con vacilación de mensajero que rinde cuentas ante un severo tribunal de iguales, recuerdo que vuestra cordialidad formuló otrora un presagio y me hizo adelantos en moneda de estímulo y de aplauso. Sólo pude corresponderos con mi labor intelectual. Vosotros diréis si pagué justo y de buena ley, compartiendo con ancianos ilustres la presidencia de un congreso científico internacional, disertando en los centros más conspicuos de la cultura europea y obteniendo para la ciencia argentina una recompensa honorífica de la más eminente academia médica del mundo [...] (AMC, 425).⁶

Adoptando una retórica científicista que homologa la nación con un organismo en formación, el discurso culmina con un voto para que “nuestro pueblo sea alguien en la humanidad” (AMC, 428) y exhibe una constante en el pensamiento de Ingenieros: la preocupación intelectual e identitaria por construir y hacer visible una ciencia, una cultura *argentinas*.

Como ya dijimos, en la edición de las obras completas de Ingenieros, las crónicas de viaje se incluyeron en el volumen octavo, junto con *La cultura filosófica en España* y *Las doctrinas de Ameghino*. Iban precedidas por la “Adver-

⁶ Los ecos de los premios europeos otorgados a Ingenieros pueden recogerse también en otras publicaciones. Tiempo después de su regreso, en la sección “Noticias” de la *Revista del Centro de Estudiantes de Medicina*, aparecía esta información: “El premio Lorguet al doctor Ingegnieros –En enero del corriente año [1908], la Academia de Medicina de París ha conferido al doctor José Ingegnieros el premio Lorguet por su obra titulada *El lenguaje musical y sus trastornos histéricos*. Tal distinción, excepcional, es un nuevo laurel en la corona de triunfos del renombrado psiquiatra argentino y un honor para nuestro país” (VIII, 77-79, enero a marzo de 1908: 144).

tencia de la 6a edición”, fechada en Buenos Aires en 1919.⁷ En ella, el autor nuevamente informa sobre el origen de sus crónicas de viaje, debido a la invitación cursada por Emilio Mitre para que publicara en *La Nación* y registra lo que podría ser una noticia sobre la recepción de estos escritos: “Tuvieron una vitalidad inesperada por quien nunca había escrito para diarios, ni ha vuelto a hacerlo después” (*CV*, 7; *OC*, 81). Luego de enumerar las ediciones españolas y argentinas de las crónicas, transcribe gran parte del “Exordio” que iniciaba *AMC*. A continuación, procura justificar la inclusión de estos textos en sus obras completas, fundamentalmente a partir de criterios como su valor autobiográfico: “evoca horas de una juventud que recuerdo sin remordimientos”. Esa mirada retrospectiva le permite, a su vez, diferenciarse del Ingenieros/autor de las crónicas: “no me reconozco ya en ciertas páginas afectadas de literatura y de egotismo.” Crítico de su propia prosa, denuncia la influencia de “la única moda intelectual a que fui sensible en mi juventud” y aclara que “es curioso que, al padecerla, no ignoré que la exaltada prosa de Nietzsche era un producto de su alienación mental.” La memoria se filtra aquí para revelar ausencias: “No sabría contar por qué no conté en estas crónicas mi visita al museo de Weimar” y concluye afirmando que si deja en sus obras completas este conjunto de textos es porque “no tengo el valor de excluirlo en la reimpresión de mis obras. Le encuentro un sentido autobiográfico; y tal vez no tenga ningún otro” (*CV*, 8; *OC*, 81). Recuperando esa impronta autobiográfica, al final del libro se incorporan nuevamente los dos

⁷ Esta sexta edición es la que consignamos en la bibliografía como Ingenieros 1919 y que citamos como *CV*. En la edición de Elmer, de 1957, se sigue reproduciendo la “Advertencia para esta edición”.

discursos que estaban en *AMC*, sólo que ahora el primero, “Plus Ultra”, con algunas modificaciones de estilo, menores, pasa a llamarse “Al partir”, quizás para establecer una vinculación más clara entre este texto y las crónicas de viaje que le preceden, aunque una nota aclara que se trata del mismo discurso correspondiente al homenaje por el premio de la Academia de Medicina de Buenos Aires. “Volviendo al terruño”, como en el caso de *AMC*, es el escrito con que se cierra el libro.

Este distanciamiento entre el Ingenieros joven, cronista viajero, y el científico maduro que preserva la inclusión de estos textos en su *obra completa* por un sentido esencialmente autobiográfico, se percibe también en el brevísimo libro *La intimidad sentimental*, publicado en 1917 – un par de años antes que la sexta edición de 1919 – y donde las palabras de Ingenieros son citadas en un brevísimo texto de los editores, que transcribimos:

Venciendo ciertos escrúpulos, legítimos en un hombre de ciencia, hemos conseguido autorización para reunir en este cuaderno tres *crónicas sentimentales* escritas en 1905 para *La Nación*, merecedoras de ser releídas por su juvenil inspiración y por su estilo primoroso.

“No deseo resucitar páginas de una juventud que supe vivir completamente, pero que sería absurdo pretender seguir viviendo. Mientras me preparo una madurez que sólo turbe el vicio del estudio, creo ilógico reaparecer con romanticismos que fueron excelentes en su hora, pero ya impropios de quien empieza a tener alguna cana.”

A pesar de esta excusa del autor, insistimos. Fruto de nuestra insistencia es la publicación de estas páginas que muestran en su fase juvenil una mentalidad que actualmente

no se aparta de las ciencias y busca en ellas algún fragmento de la filosofía del porvenir.

Los lectores dirán si puede arrepentirse de haber sido joven, quien supo serlo con tanta emoción (Ingenieros 1917, 2).⁸

Hasta aquí, hemos mencionado paratextos autorales y editoriales que permiten contextualizar estas crónicas. Pero este contexto se expande si se toman en consideración otros discursos que tienen el valor de acontecimientos relacionados con prácticas de sociabilidad que forman un continuo con el viaje de Ingenieros y las crónicas a las que dio origen.

Una lectura atenta de los *Archivos* de 1906 (V: 711-722), nos permitió localizar unas páginas tituladas “El regreso de nuestro director”, firmadas por Emilio Bondenari, el secretario de redacción y director suplente de la revista. En ellas, se anuncia que Ingenieros estaba de regreso en Buenos Aires desde el 1 de noviembre, se reseñan las publicaciones, conferencias científicas y disertaciones en centros universitarios que el viajero concretó en Europa y se habla del banquete en homenaje a Ingenieros que había tenido lugar a su regreso. A pesar del tono hipérbolico, parece verosímil la afirmación de que se trató de un evento significativo, si se atiende al dato de que “el número de adherentes superó la previsión de los organizadores”, es decir, que quedó gente afuera por falta de lugar material en la sede elegida para el festejo. Se listan los oradores de esa ocasión, Eliseo Cantón, decano de la facultad de Medicina de Buenos Aires, el Dr. Belisario Roldán y Mariano de Vedia y se transcriben los

⁸ Los directores de esta colección de pequeños “cuadernos” eran Ernesto Morales y Leopoldo Durán. Puede consultarse un ejemplar en la colección del Tesoro de la Biblioteca Nacional.

discursos de Ingenieros⁹ y de Roldán.¹⁰ También se agrega la lista de asistentes y los adherentes que pudieron participar.

Por último, citemos otro texto derivado de estas crónicas, otro paratexto, en sentido amplio, que ilustra las complejas relaciones entre la escritura y el mercado de bienes simbólicos en la Buenos Aires de principios del siglo XX: en la *Revista del Centro de Estudiantes de Medicina* (VIII, 84, agosto de 1908: 3-8), se cuentan los avatares del proyecto para hacer una casa de los estudiantes y se detallan las donaciones en dinero de los profesores y los mismos estudiantes para concretar el proyecto. Al final del artículo, se destaca esta información: “El doctor José Ingegneros ha donado para la Casa de los Estudiantes 50 ejemplares de su obra *Al margen de la ciencia* recientemente aparecida. Cada ejemplar lleva la firma del autor y se vende a \$ 5 moneda nacional” (8). Si, como afirma Julio Ramos, en la América Latina del período, la crónica –y el periódico mismo– son espacios simbólicos enraizados en las ciudades en vías de modernización y deseantes de incorporarse plenamente al circuito del capitalismo internacional (Ramos, 113), esa mercantilización de la escritura se potencia en el pasaje al libro, en una operación que Ingenieros extrema al convertir el libro mismo en valor de cambio – es uno de los pocos que no dona dinero en efectivo a la colecta estudiantil sino el libro mismo, objeto material y simbólico cuyo valor se incrementa por la cesión generosa de la *firma de autor*.

⁹ Con algún párrafo elidido, el discurso de Ingenieros no es otro que “Volviendo al terruño”, tal como aparece en *AMC, CV y OC*.

¹⁰ Dado su valor documental, reproducimos al final de este volumen los discursos de este homenaje a Ingenieros.

III

Tiempo y modernidad

Las crónicas que nos ocupan, además de ser el correlato textual de un evidente traslado espacial, tienen otra característica que nos interesa destacar: se presentan, de alguna manera, como un viaje en el tiempo. Ello es así porque el viaje a Europa, entendido como experiencia formativa, acceso a la internacionalización, consagración artística o profesional –algo evidente en la importancia que Ingenieros concede a la difusión de su propia obra en Europa– significa, en la época en que nos encontramos y en su caso particular, una suerte de viaje a un estadio diferente en el proceso evolutivo de la civilización occidental. De ese modo, el viaje a Europa puede entenderse como el acceso a sociedades que Latinoamérica, y la Argentina en particular, anhelaban imitar, dado el carácter modélico que tuvo para los sectores que lideraron la modernización latinoamericana el caso europeo, es decir, el carácter eurocéntrico intrínseco a ese proceso de modernización. Por ello, nos interesa detenernos en los mecanismos retóricos mediante los cuales la mirada de Ingenieros sobre los espacios visitados y representados en el discurso se traduce en una mirada sobre las múltiples temporalidades inscriptas en el proceso de la modernidad.

En primer lugar, cabe recordar que, además de la participación académica en el congreso de Roma y la inclinación estética e intelectual con que Ingenieros recorre Europa, había sido comisionado por el gobierno para el estudio de los sistemas penitenciarios europeos, con miras a una modernización de los sistemas de reclusión penal en la Argentina. Crónicas como “San Vicente”, “La teatralidad judicial en Italia” o “La vanidad criminal” se relacionan con esta zona de intereses que ponía en diálogo el derecho, la psiquiatría y la medicina legal. Ciertamente, visitar cárceles no parece una ocupación muy glamorosa, al menos si se la compara con los móviles habituales del viaje a Europa, pero es una de las marcas más potentes de esa lectura del espacio recorrido en función de un proceso de modernización institucional en el marco del cual adquiere peculiar relevancia la identificación del rol del viajero con el del intelectual.¹ Por ello, luego de una primera crónica sobre el mareo, fechada en altamar, aparece otra que proviene no de la amable París o de la legendaria Roma, sino de las islas de Cabo Verde. Es decir que la primera imagen de tierra que nos llega del viaje de Ingenieros a Europa es... África. Y esto puede ser sintomático de una lectura evolutiva de la cultura, más allá de los datos de la navegación empírica –pues al fin y al cabo es elección del cronista escribir sobre un destino que bien podría haber pasado por alto. Es decir que nos encontramos ante una suerte de viaje por la historia de la especie humana, en la cual el archipiélago africano cumple el rol de ejemplo

¹ Beatriz Colombi define así al viajero intelectual: el “escritor que se autorrepresenta como agente de una cultura e interviene como tal en una escena pública exterior” (16).

prehistórico, precivilizado: una regresión al atavismo. Citamos, para ilustrar mejor:

El espectáculo, ya harto vulgar, de la turba de negros zambulléndose en el mar transparente para atrapar una moneda, ya sea un sueldo o una lira, es indigno de ser descrito. El más elemental orgullo de la especie queda mortificado al presenciar por vez primera ese ejemplo de lasitud moral ofrecido por las razas inferiores. Todos los ingenuos lirismos de fraternidad universal se estrellan contra estas dolorosas realidades. Están lejos, muy distantes uno de otro el criterio formado en quince años de biblioteca y el juicio que se impone en quince minutos de observación directa de la vida (Ingenieros 2009, 22).

Las islas de Cabo Verde aparecen, en consecuencia, como el ejemplo de atavismo necesario para construir la imagen de la Europa que se va a visitar y de la Argentina que se pretende construir. En la cárcel de Cabo Verde, Ingenieros pone en escena un estadio casi pre-humano, que conjuga la lenta evolución biológica de las que llamará sin eufemismos “razas inferiores” con el retraso en los avances legales y políticos. La atribución de *ingenuidad* a los que denomina “lirismos de fraternidad universal” descalifica, mediante el recurso a la evidencia empírica, el estudio meramente teórico y reflexivo sobre la condición humana y cualquier pretensión de igualdad o equivalencia racial o social. Con ello, no sólo saca a relucir su aproximación ideológica al método científico, tan del gusto positivista, sino que explicita un proceso *social* en términos *naturales*: el *progreso*, un concepto intrínsecamente asociado al de modernidad, se justifica en términos morales, porque, siempre al decir de Ingenieros, si esas razas no *progresan* eso se debe a su “lasitud moral”. Con afirmaciones como éstas, el componente eticista, que

tanto peso tendrá en la producción posterior de Ingenieros, encuentra en estos textos juveniles una formulación pseudo-científica que permite ofrecer una explicación presuntamente natural y determinista de un proceso que, en definitiva, no es sino económico y social. Paradójicamente, Ingenieros pone esta valoración moral en boca de los propios sujetos encarcelados en la prisión caboverdiana, al decir que los internos no la quieren abandonar porque en ella la vida les es más fácil y grata que en sus aldeas:

Toda su pena es la secuestación; pero ninguno se queja de ella. Varios en cambio confiesan su dicha por tener ¡al fin! casa limpia, cómoda, aireada y llena de sol, comida segura, ropa decente, todo ello sin la obligación de trabajar para ganarse la vida que arrastran los que están en libertad. Así se explica por qué por el robo de una cuerda, un par de alpagatas, tres bananas, una bolsa vacía, y otros delitos similares *se dejan estar* meses y meses en la agradable prisión, sin apresurar el trámite judicial. Los bienaventurados no quieren ser absueltos, temen la libertad: saben que esta heroína de los filósofos románticos sólo puede ofrecerles una vagancia probable a cambio de un hambre segura. (Ingenieros 2009, 26. Nuestra bastardilla)

Dejando de lado lo sospechoso que resulta un sistema judicial descrito en estos términos de lentitud e inoperancia, y más allá de la muy probable veracidad del estado de pobreza y mendicidad que Ingenieros describe al inicio de la crónica, hay una zona oscura en esa argumentación, y es que este sistema de reclusión generalizado se convierte en una traba frente a la ética del trabajo, tan cara al mismo Ingenieros. Pero la explicación, economicista, vuelve a poner en el tapete un criterio evolutivo de la historia que permite hacer comparaciones de este tenor: “El archipiélago de Cabo Verde está aún como la América en el siglo XVII; gracias a

su indigencia no puede ni necesita independizarse. [...]” (Ingenieros 2009, 27). Este argumento se sostiene en una cadena de razonamientos según la cual, siempre en opinión de nuestro autor, la independencia de los países latinoamericanos fue el resultado de la existencia de recursos económicos en la región y del consiguiente deseo de los grupos criollos de administrarlos sin tutela metropolitana.

Ingenieros lee, entonces, la historia de la especie en los espacios visitados. Esta va a ser una constante en sus crónicas, en las cuales lee la modernidad y la historia de esa modernidad, simultáneamente, en actitud análoga a la de esos biólogos transformistas que soñaban con desentrañar el *origen y evolución* de las especies a través de las huellas dejadas en la *forma* de los seres vivos. Veamos otro ejemplo. Cuando comienza el congreso de Psicología que motivó el viaje, nuestro autor envía una crónica que describe la sesión inaugural en Roma y dice:

La colosal estatua de Benito XIV, dominadoramente erguida en la sala de los Horacios y Curiacios; entre los evocadores museos del Capitolio, contempló desde su pedestal un espectáculo que no soñara Miguel Ángel cuando trazó los planos de los palacios magníficos y de la escalinata majestuosa.

[...] Por las grandes ventanas abiertas frente al azul clarísimo, el sol volcaba en frágiles transparencias sus olas de luz y de tibieza; el cielo que sedujo a Taine y a Stendhal, parecía complicarse en la bienvenida que Roma daba a los sabios de todos los países, cubriendo con dosel dignísimo el homenaje preparado por la ciudad invicta a través de los siglos y de las devastaciones.

Las fisonomías de los sabios desbordaban sonrisas frente a la mañana clásicamente hermosa y ante aquellas paredes

doblemente venerables en la historia y en el arte. Nadie habría osado vislumbrar en ellos a los descendientes de los bárbaros que otrora vinieron del continente sobre la península, con el ímpetu del río que se desborda o del alud que se precipita, destruyendo las maravillas que el arte pagano esparció pródigamente sobre las siete colinas, desmantelando los testimonios de su esplendor y su belleza. Aquellos traían la tea incendiaria, éstos la antorcha iluminadora; sobre los mármoles que aquellos hacían resonar bajo los cascos de sus potros desenfrenados, éstos llegan sobrecogidos de admiración y de respeto. En la invasión de los modernos extranjeros la mueca y el gesto del bárbaro se han transformado en sonrisa y genuflexión ante las ruinas, elocuentes en su mutismo solemne (Ingenieros 2009, 33).

Este párrafo es una síntesis de la lectura temporal del espacio que con frecuencia aparece en estas crónicas. Comencemos por notar la mención a la estatua de un Papa que es casi una alegoría de la religión, frente a la cual la reunión de los científicos es la encarnación viviente de la emancipación del pensamiento científico respecto de los dogmas de fe, como parte del proceso moderno de racionalización del conocimiento (Ortiz 1999, 38-39). Ese mismo espacio es realizado o reinterpretado por la mención a los viajes a Italia de Taine y Stendhal, bajo un prisma culturalista muy propio de la estética modernista pero que también colabora en asignarle densidad temporal y simbólica al espacio de esa “ciudad invicta a través de los siglos y las devastaciones” con “paredes doblemente venerables en la historia y en el arte”. La ciudad, entonces, aparece como un museo moderno que capitaliza la herencia del proceso civilizatorio –no como el páramo prehistórico, digamos, de Cabo Verde, donde la huella más digna del paso de la humanidad era la cárcel– y en la mención a los “bárbaros” convertidos en científicos –los

“modernos extranjeros”– hay una interpretación de la evolución de la cultura humana que pone en el pináculo del devenir histórico el advenimiento de la ciencia moderna y su colaboración en la magna tarea de la secularización, ese proceso consustancial a las sociedades y culturas modernas (Altamirano, 470) que se da como definitivamente logrado – lo cual, sabemos, no es más que un efecto discursivo de la prosa de Ingenieros.

De la misma manera, evaluaciones estéticas, como su apreciación de la temporada lírica de Mascagni, son leídas en esta clave evolucionista, ubicando en la *posteridad* la posible existencia de un público realmente entendido, *superior*:

Ahora el dilema es terrible para los operistas. Hacer música inferior para triunfar en los estrenos, o hacerla superior para ir al fracaso inmediato, salvo los juicios de la minoría y de la posteridad. [...]

Mascagni podría hacer en una semana una ópera deliciosamente inferior, como *Cavalleria*, por ejemplo, y obtener otro éxito de ovaciones y de popularidad.

¿El deseo del éxito fácil y seguro no lo seducirá en mitad de su nuevo camino? ¿Resistirá a la tentación de triunfar retrocediendo? (Ingenieros 2009, 73)

En fragmentos como éste es evidente que Ingenieros se permite hacer especulaciones sobre el desarrollo del arte entendido en términos de avance y retroceso, como un proceso temporal y lineal sobre un patrón más o menos predecible, y donde la justeza en la apreciación estética aparece como patrimonio exclusivo de las *minorías*.

Retomando el caso de Roma, la ciudad que Ingenieros visita a causa del congreso de Psicología pero en la que se queda por bastante tiempo más, la materialidad del es-

pacio urbano dará lugar a una multitud de Romas diversas, ciudades simbólicas superpuestas en un mismo espacio físico, a las que les corresponden una multiplicidad de miradas, no excluyentes entre sí sino integradas en una visión que procura recomponer los estratos de una espacialidad que requiere, para su desvelamiento, la mirada de aquél que Ingenieros llama “el viajero estudioso”. En relación con esto, nuestro autor afirma:

Hay un *sentido oculto* que permite gustar de las cosas muertas. Cada piedra contiene el esbozo de un gesto, cada columna levanta frente al cielo una pasión pujante, cada arco sostiene una gloria, cada friso narra una gesta, cada escoria de la antigua grandeza denuncia un viso o afirma una virtud (Ingegneros 2009, 99. Nuestra bastardilla).

Las alusiones culturalistas se conjugan así con una lectura arqueológica del espacio, e incluso puede apreciarse cómo el tópico de las *ruinas* es refuncionalizado en el marco de unas crónicas de viaje marcadas por la ideología modernizadora de su autor. En efecto, recordemos que dos de las crónicas que Ingenieros envió a *La Nación* –unificadas o segmentadas de distinto modo en las ediciones posteriores– se titulan, precisamente, “Sobre las ruinas”.² En la primera

² Como aclaramos en la primera sección, las crónicas fueron incluidas en *Italia* pero bajo otros títulos, que no respetan las divisiones originales del material en el diario, es decir que con el material de estas dos crónicas escribió otras tres: “Los peregrinos de la Italia hermosa”, “Sobre las ruinas” y “La megalomanía de los emperadores”. En *AMC*, aparecen unificadas bajo el título de “La Roma imperial”. Seguimos la versión original del diario, reeditada en Ingenieros 2009. No podemos menos que notar, en el primero de los títulos que acabamos de enumerar, los ecos de Rubén Darío, que había publicado *Peregrinaciones* en Europa en 1901, con un prólogo

de ellas afirma que “Toda ciudad tiene un alma, y tiene, como todas las almas, sus refracciones y sus afinidades. Roma es propicia a los cerebros intuitivos, capaces de reconstruir una época sobre un plinto hecho trizas” (Ingenieros 2009, 99). Por un lado, podemos encontrar en esa clase de aseveraciones un punto de contacto con la sensibilidad, de neta raigambre romántica, propia de los viajeros *espirituales* que encontraban, en las ruinas, su genealogía (Viñas 1982, 59). Pero en el caso de Ingenieros se suman operaciones interpretativas de corte sociológico que enlazan esa sensibilidad con el cientificismo propio de su herencia positivista. Por ejemplo, la visión de Roma en ruinas –visión mediaticizada, pues en verdad lo que se narra en la crónica es la clase del profesor Lanciani a la que asistió, junto con otros visitantes– le permitirá formular una crítica al imperialismo a partir de las connotaciones cromáticas de un sol poniente que parecen adquirir un sentido poco menos que ideológico:

El profesor Lanciani, rodeado por treinta oyentes de ambos sexos, estaba en la tercera galería del Anfiteatro Flavio cuando el sol entró al ocaso. Por entre las ventanas del lado opuesto caían haces de roja luz, y en el horizonte lejano el crepúsculo volcaba un hervor de incendio y de hemorragia. Todos a una, pensamos en las hogueras y en la sangre derramada en las arenas de la metrópoli imperial, cuya grandeza tuvo, como el sol de esa tarde, un poniente de púrpura (Ingenieros 2009, 114).

redactado por Justo Sierra. En él, hablando de la península itálica, el poeta nicaragüense proclamaba que “si la lira no se llamase lira, podría llamarse Italia. Bien se reconoce aquí la antigua huella apolónica. Bien vinieron siempre aquí los peregrinos de la belleza, de los cuatro puntos cardinales” (Darío, 159).

El fragmento citado involucra una comparación entre el tiempo pasado y el presente, desde el cual se ve el imperio romano como una etapa superada. No hay que olvidar que, si a mediados del siglo XIX, los términos *civilización* y *Europa moderna* eran tratados como equivalentes, dejando a las demás sociedades el lugar de predecesoras deficientes o imitaciones defectuosas de ese original, a fines de siglo los estudiosos ya aplicarían regularmente los términos “decaencia”, “decrepitud” y “degeneración” a la propia Europa. Y ello porque la *evolución* significaba que la historia natural de las especies, incluidos los seres humanos, ya no era fija e inmutable; además, mientras ese cambio podía implicar el *ascenso o mejoramiento* de las especies a través del tiempo, también podía causar, como en el caso de los antiguos imperios y civilizaciones, su declinación y caída (Herman, 47, 118). Apoyándose en parte en esta clase de interpretaciones pseudo-científicas sobre el ascenso y decadencia de las sociedades, Ingenieros elabora una serie de interpretaciones en términos evolutivos de los distintos espacios visitados y eventos presenciados. Por ejemplo, adjudica a la corrida de toros que relata en una crónica remitida desde España el valor de *evidencia* de un proceso biológico-social en que el envejecimiento de una población se hace patente en virtud de la pervivencia de costumbres y gustos *atávicos*.³ O, desde la

³ La expresión *atavismo*, derivada de *atavus*, antepasado remoto, era empleada por los biólogos del siglo XIX para referirse a la supervivencia de atributos o inclinaciones bestiales en organismos y sociedades contemporáneas. Se decía que todo organismo tenía algunas características *perdidas* que podían reaparecer en ciertas condiciones y se legarían a los descendientes. La teoría atavista existía antes de Darwin, pero su teoría de la evolución parecía confirmarla.

Alemania imperial, pretende esclarecer las formas en que ha mutado el antiguo poder imperial, que no considera eliminado de la historia humana. Ya es bien sabido que la expansión imperialista y la perspectiva estética no son, necesariamente, posturas inconciliables. Por el contrario, Mary Louise Pratt ha señalado que presentar la misión civilizadora como un proyecto estético ha sido una estrategia frecuente del imperialismo occidental, al caracterizar al resto del mundo como necesitado “de su benigna y embellecedora intervención” (Pratt, 351). De ahí que la visión del imperialismo como parte de un proceso “natural” refuerce, en Ingenieros, la concepción del viaje a Europa como un acercamiento a las fuentes de la civilización. En todo caso, al tomar el imperialismo como un *factum*,⁴ como una realidad históricamente variable, puede elaborar especulaciones del tenor de la siguiente, tomada de una de las crónicas que remitió desde Berlín:

El imperialismo existe. Es inútil manifestar simpatía o aversión hacia él, rendirle homenaje o cubrirlo de invec-tivas. [...] Con ánimo indiferente conviene investigar el proceso histórico de su formación, determinar sus caracteres

El atavismo sería la piedra fundamental de la teoría de la degeneración (Herman, 119-120).

⁴ Como bien señala Oscar Terán, “debe tenerse en cuenta que entonces el concepto de *imperialismo* estaba apenas en formación y que, además, se consideraba que el expansionismo obedecía a inexorables leyes objetivas. Estas creencias eran auténticas convicciones de época que abarcaban desde los sectores nacionalistas y liberales hasta algunos socialistas, y que en general giraban sobre argumentos de distinto nivel; podían hablar tanto de *la responsabilidad del hombre blanco* a lo Kipling (esto es, la *misión* de tutelar a las demás razas), así como de que sólo las naciones capaces de convertirse en imperios resultarían finalmente viables” (Terán 2004, 27).

generales, observar sus medios de consolidación en la mentalidad colectiva y ensayar algunas inducciones sobre sus modalidades venideras (Ingenieros 2009, 263).

Esta comparación de temporalidades activada por el ejercicio hermenéutico practicado en el espacio es evidente, también, en su lectura del orden arquitectónico como una cifra o símbolo de procesos socio-económicos más amplios. De la ciudad antigua, entrevista gracias a sus ruinas, dice que “Señalan una época en la evolución de la arquitectura. [...] el carácter más representativo del imperio de Occidente fue la grandiosidad de las moles, la imponentia de las masas” (Ingenieros 2009, 116). La matriz *evolutiva* como clave de interpretación de todo proceso, tan cara al lenguaje biológico propio de Ingenieros, lo autoriza a formular, simultáneamente, un diagnóstico y una proyección del curso que ha de tomar la civilización moderna:

La civilización moderna sólo concibe lo útil y lo económico. La democracia impone renunciar, por ahora, a toda obra puramente grande o puramente bella. Es así: no puede ser de otra manera; sería inútil lamentarse de estas parciales deficiencias de la vida moderna, pues son inherentes a cierto modo y momento del progreso. El yanqui levanta sus casas de cuarenta pisos, para aprovechar mejor su lote de terreno y percibir lutos alquileres; hace edificios feísimos, pero económicos y duraderos. La misma torre Eiffel es genuinamente pobre y económica; es atrevida, pero no bella; es grande, pero no grandiosa [...] (Ingenieros 2009, 117).

Siguiendo el mismo razonamiento, predice el advenimiento de una modernidad más plena o, para decirlo con Renato Ortiz, el aumento de un *diferencial de modernidad* dentro de ese mismo *patrón civilizatorio*, cuando el orden económico de “los pueblos más evolucionados de la raza

blanca” satisfaga las necesidades básicas y permita el gasto en lo que, siempre según nuestro cronista, entra en la dimensión de lo superfluo, como la arquitectura monumental. Es así como podemos ver, sintéticamente, la forma en que Ingenieros pasa, en virtud del cientificismo consustancial a su producción, de hablar del “alma” de la ciudad para luego arribar a una tesis sociológica sobre la arquitectura moderna y sus posibilidades futuras.

En síntesis, podemos afirmar que Ingenieros se construye como un viajero que no sólo vive desde la sincronía la experiencia de la modernidad sino que puede evaluar, diacrónicamente, a través de su saber estético-literario y su conocimiento científico, lo que esa modernidad europea, con la que entra por vez primera en contacto directo, significa. Al efectuar una arqueología de los múltiples sentidos y temporalidades inscriptos en los espacios visitados, el *viajero estudioso* se considera en condiciones de extrapolar el desenvolvimiento futuro de esa etapa del proceso histórico de la civilización occidental.

IV

La mirada y el cronista

Para los viajeros intelectuales, siempre resultó un asunto complejo el acercamiento al espacio de las ciudades europeas, tan ricas desde el punto de vista de su patrimonio histórico y cultural. Eso es algo que ya advertía Darío en sus *Peregrinaciones*, cuando afirmaba que “en esos sancta-sanctorum del arte, se ven dos cosas: la *chef-d’oeuvre* y los ojos que la han visto” (Darío, 258). Esa densidad de la visión a la que alude Darío torna iluminadora para nuestra reflexión la diferencia interna que advierte Adriana Rodríguez Pérsico en el seno de las miradas *modernas*:

¿Cuáles son las miradas modernas? ¿Qué tipos de objetos y sujetos constituyen? ¿Qué tipos de comunidades recortan? Una mirada pertenece al *flâneur* cuando arma la sintaxis de las escenas urbanas, cuando dispone las imágenes de modo coherente. La mirada del cronista es una mirada que *flâne*. Esta mirada ejerce su supremacía hacia mitad de siglo. Hacia fines de siglo, la mirada, que interpreta lo visible, se complementa con otra que descubre las profundidades: la mirada del arqueólogo o del paleontólogo subsume una cantidad de funciones. En su figura, que se convierte en un mito finisecular adoptando la imagen del *sabio*, confluyen

otras: es también la posición del alienista, la del escritor y hasta la del detective (Rodríguez Pérsico 2008, 33).

En los textos que aquí nos ocupan, parece posible adscribir la mirada del narrador / cronista a la segunda modalidad que menciona Rodríguez Pérsico, la de los *sabios* que “interpretan lo visible” al realizar una suerte de arqueología del espacio recorrido. Esto tiene su correlato en la escritura de unas crónicas que se convierten en un estudio o lección histórico-social a partir de la descripción de los lugares visitados, en sintonía con el estilo doctrinal del que hablamos en páginas previas.

La mirada del *sabio* es, en gran medida, la de un *erudito*, que se conjuga también con una sensibilidad particular, que Ingenieros atribuye a los “cerebros intuitivos” y es la que convierte la experiencia del viaje en algo intransferible, que excede el conocimiento objetivo y comunicable de los sitios visitados, como queda ilustrado en el siguiente pasaje:

...Las ruinas de Villa Adriana, cerca de Tívoli, parecen pertenecer a uno de esos fantásticos castillos encantados que los niños se imaginan cuando leen las fábulas de Cordelia o las *Mil y una noches*. Adriano había viajado mucho e hizo de su palacio una maravilla, reuniendo en sus jardines las copias o imitaciones de todos los edificios y parajes célebres que había conocido en sus peregrinaciones imperiales. Su descripción puede leerse en cualquier guía de Roma y sus alrededores; *la impresión que produce no podrá leerse en libro alguno* (Ingenieros 2009, 116. Nuestra bastardilla).

Podríamos encontrar huellas de la sensibilidad romántica en esa concepción del paisaje como una entidad donde resuena, de algún modo, el estado anímico del sujeto,

permitiendo que el lector atisbe la intimidad inefable de un alma incapaz de transferir en su totalidad sus sensaciones y experiencias. Pero también, esa distinción entre la “descripción”, comunicable, y la “impresión”, intransferible, es quizás la que lo lleva a concentrarse en los únicos aspectos de esa experiencia susceptibles de ser compartidos: los datos y la erudición histórica vinculados a los restos arqueológicos. La erudición es, en efecto, una marca de la escritura de Ingenieros que explicita el gesto de quien no se acerca a las ciudades europeas con la mirada pura o ingenua de un visitante novel, sino mediatizada por una serie de referencias culturales que, lecturas mediante, esclarecen pero también condicionan la percepción e interpretación del espacio y de sus puntos significativos, ya sean históricos o artísticos, paganos o cristianos. Por ello, el primer plano de varias de las crónicas lo detentarán, no ya los sentimientos o “impresiones” de Ingenieros, sino las palabras de otros. En primer lugar, las lecturas del autor, exhibidas profusamente y ponderadas de acuerdo con sus méritos históricos o literarios y su eventual utilidad para próximos visitantes, conformando un archivo o catálogo realmente digno de una investigación bibliotecológica: relatos de viajeros, de eruditos, arqueólogos, poetas y novelistas, etc., de entre los cuales recomienda libros y conferencistas. Solamente en lo que concierne a Roma, el catálogo del cronista incluye a autores como Suetonio, Marcial, Tito Livio, Dion Casio, Montaigne, Montesquieu, Voltaire, Madame de Stäel, Stendahl, Chateaubriand, Gauthier, Zola, Castelar, Sienkiewicz y varios más, entre los cuales hallamos a los argentinos Cané, Wilde, Lucio López y Ángel Estrada. Ciertamente, la idea de que la ciudad de Roma es un sitio para pensar, evocar y revivir lo leído ya estaba en Rubén Darío, cuando predecía a su lector que, tras una

visita a las ruinas romanas, “Todas vuestras lecturas despertarán en vuestra memoria” (Darío, 249). Pero la enumeración de Ingenieros es un ejemplo exacerbado de aquello que señala Susana Rotker cuando afirma que la crónica modernista “hace explícitas sus alusiones culturales. Es la musa / museo” (Rotker, 175), lo cual se conjuga con la vinculación estrecha entre la “escritura de catálogo” y los espacios y eventos del mundo moderno, como los museos y las exposiciones (Andermann et al, 12).

Asimismo, la *experiencia* del viaje, presentada como la fuente de una serie de sensaciones casi imposibles de reducir a los límites del lenguaje, es también la piedra de toque frente al saber de las “doctrinas” teóricas, incluso de aquellas consideradas progresistas. Ello es perceptible en las crónicas sobre la corrida de toros –donde Ingenieros justifica estéticamente una práctica que sería retrógrada desde el punto de vista social y moral– o sobre San Vicente, donde la cruda realidad anula, a los ojos del viajero, cualquier utopía emancipatoria para los nativos del archipiélago. En esta preferencia por la experiencia concreta frente a la abstracción hay, evidentemente, una actitud científicista, de cuño positivista. Pero también es claro ejemplo de la posición de tantos cronistas modernistas en su defensa del “derecho a la subjetividad”. Buscando diferenciarse de los reporters –sobre todo los norteamericanos– que obedecían a los criterios de objetividad y realismo, los *chroniqueurs* de tradición francesa, que fueron secundados por los cronistas latinoamericanos del período, acentuaron un estilo que daba lugar a la experiencia individual y la emoción subjetiva, a medio camino entre la mera información y el artículo doctrinario o editorial (Rama 1970, 67-68, 70; Rotker, 111 nota 31, 128). La *experiencia* de un sujeto libre de prejuicios –incluso de

aquellos valores positivos asociados a la modernización y el progreso— es lo que Ingenieros procura poner en primer plano cuando afirma:

El criterio estético no admite disyuntivas. Quien guste de bellezas y de emociones, quien admire el gesto y el valor, vaya a España y asista a una buena corrida. Diga después su impresión, honestamente, como si no temiera ser oído, con el nihilismo moral indispensable para ser sincero sin sujetarse a preocupaciones y a sentimentalismos.

Ese *hombre libre* podrá afirmar que la morfina de España produce una emoción magnífica, en la cual se funden la alta voluptuosidad de la belleza y la vigorosa embriaguez de la energía (Ingenieros 2009, 178. Nuestra bastardilla).

La erudición, sensibilidad, inteligencia, gusto y libertad de criterio atribuidos al sujeto son medulares en la construcción de una *etopeya* del cronista, es decir, una imagen discursiva que remite a la figura del autor. Entendemos la etopeya en el sentido clásico, retórico, del término, como esa figura de pensamiento que consiste en la descripción de cualidades morales, conductas, vicios, virtudes, en definitiva, de aspectos no físicos de la descripción de un sujeto. En este punto, la etopeya se diferencia de la *prosopografía*, basada en los caracteres físicos, y del *retrato*, aunque eventualmente la etopeya puede formar parte de este último (Garavelli, 272; Miraux, 49). La figura de la etopeya nos permite, a su vez, poner de relieve una característica de la construcción del sujeto de estas crónicas: la ausencia de toda marca de corporeidad, como si la imagen del viajero pudiese reducirse a una mirada que observa y un intelecto que analiza. Y una de las marcas centrales de esta etopeya serán los atributos de un individualismo marcado por el saber y por su independencia de criterio en materia estética, aunados a una sensibilidad

particular, de corte altamente romántico, como ya quedó dicho.

No obstante, entre el cientificismo y esa sensibilidad estetizante hay momentos de acercamiento y otros, de mayor tensión. Quizá lo primero quede claramente ejemplificado por el hecho de que, tanto en su condición de mente científica como en sus gustos estéticos, el sujeto Ingenieros se construye como una singularidad superior a las masas. Pero también hay una zona de conflicto que se desata por la aplicación de criterios científicistas¹ a la valoración estética, por ejemplo, su exigencia de *sinceridad* a las manifestaciones artísticas, que funciona como el equivalente de la verdad científica en su apreciación del arte moderno. Demás está decir que semejante pretensión lo incapacita para la apreciación de escuelas estéticas alejadas de las formas más convencionales del arte figurativo o del realismo —que sí serían *sinceras*— y así nos encontramos con que el impresionismo pictórico, por ejemplo, no es más que un ejercicio superficial y falso (Ingenieros 2009, 134). Esta evaluación de corte científicista es la que lo lleva a formular valoraciones sobre cuestiones estéticas que rayan en la incomprensión de la dinámica propia del arte:

Cabe una defensa: *vemos de otra manera* y nuestra sinceridad consiste en pintar como vemos. Esta explicación sería aceptable si la diera uno o diez pintores, considerados in-

¹ Cuando hablamos de *cientificismo*, nos referimos a la extensión, no siempre pertinente, del método de las ciencias naturales a todos los campos de conocimiento. Se trata de una operación que, aunque no fue exclusiva de las distintas vertientes del pensamiento englobadas bajo el nombre de *positivismo*, tuvo un momento de clara hegemonía al amparo de esta modalidad filosófica.

dividualmente. Así como no hay dos hombres con fisonomía igual, no los hay con olfato, con gusto o con vista igual. Todos vemos diferente y esta desigualdad subjetiva es indiscutible. Pero el argumento falla si se observa que se pretende generalizarlo y formar escuela; podemos aceptar la sinceridad de un impresionista, pero no la de los pintores que siguen el impresionismo como escuela. Hoy, en general, el ser humano ve como hace cincuenta años. Las condiciones físicas de la materia que determinan las sensaciones de línea, luz, color, relieve, perspectiva, no han cambiado; y el mecanismo fisiológico del ojo humano sigue siendo el mismo, tanto en sus medios refringentes como en la retina. En suma, objetivamente, no es admisible que la generalidad de los pintores *vea de otra manera* (Ingenieros 2009, 134, énfasis del autor).

La pretensión de que los modos artísticos de representación se ajusten al “mecanismo fisiológico del ojo humano” introduce una variable de corte cientificista en la evaluación del arte, demostrando una vez más que, de todas las identificaciones posibles del sujeto de estas crónicas, es medular la que se centra en el cientificismo como parámetro no sólo cognitivo sino también valorativo.²

² Coincidimos con Morin en que la *identidad* atribuida a un sujeto y entendida como *invariancia* es una ilusión (76), por lo cual preferimos hablar de *procesos identificatorios*. En cuanto al rechazo del impresionismo por parte de Ingenieros, quizás no deba adjudicarse solamente a su cientificismo: este tipo de valoraciones eran compartidas por verdaderos artistas, aunque unos cuantos años antes. Por ejemplo, en 1884, Eduardo Schiaffino también criticaba a pintores que se amparaban en la escuela impresionista para disfrazar de originalidad lo que en su opinión no era sino producto de una técnica no dominada, de estudio insuficiente: “Uno de los resultados definitivos que acusa el examen general del Salón de pinturas, es que los impresionistas están en gran mayoría. Observándolos detenida-

Pero, por otro lado, es frecuente en estas crónicas la irrupción de una retórica plena de imágenes y un culto preciosista del lenguaje al mejor estilo del modernismo. Al decir de Max Henríquez Ureña, aunque Ingenieros “no fue, propiamente hablando, un literato”, se advierte, en estas crónicas, “el empeño de hacer literatura” (Henríquez Ureña, 200). Ese empeño se evidencia, a nuestro juicio, en una preocupación por la *estilización* del discurso de la crónica (Rotker, 25 y 116; Ramos, pp. 82-ss). Parte de esa estilización se cifra en el prisma culturalista que Ingenieros comparte con el modernismo³ y que mediatiza su mirada, transformando varias ciudades en verdaderos “paisajes de cultura”, según la expresión acuñada por Pedro Salinas (cit. en Rama 1977,

mente se nota que no es un impresionismo por temperamento, por convicción propia, sino el producto de insuficiente estudio que los obliga a permanecer en la superficie de las cosas sin profundizarlas; con este sistema el error es menos visible. En la reproducción de la naturaleza conténtanse con las masas vagas de los bosquejos y el artificio de la decoración teatral. Titúlanse independientes y son esclavos de la ignorancia artística.” (Eduardo Schiaffino, “El arte italiano contemporáneo en la Exposición de Turín”, *El Diario*, 11.VII.1884, p. 2. Citado en Malosetti Costa, 194). Amparado en el cientificismo, el gusto artístico de Ingenieros parece identificarse con criterios estéticos que, en su época, ya podríamos considerar algo anacrónicos.

³ Con esta expresión hacemos referencia a la característica del modernismo de apoyarse en conceptos de cultura histórica, no siempre ni necesariamente muy precisos. En palabras de Ned Davison, “Gran parte de esta poesía, en vez de arrancar de la experiencia directa de la realidad vital, sale de concepciones artísticas anteriores, por ejemplo, de la escultura helenística, de los retratos del Renacimiento italiano, de las fiestas galantes de la Francia versallesca, y hasta me atrevería a decir que de los dibujos escabrosos de *La Vie Parisienne*. La historia del arte inspira a los modernistas tanto o más que sus íntimos acaecimientos vitales” (69).

XXVII). Para ejemplificar esto, detengámonos en la llegada del viajero a Florencia, ocasión en que la densidad histórica del espacio se intensifica al superponerle los referentes culturales que nutren su interpretación del paisaje:

El Arno, inquieto, pone la cinta de su reflejo especular en las sinuosidades del valle, ora insinuándose delgado y recto como una aguja de plata perdida entre el pedregullo, ora abriéndose como una trenza desflecada cual si quisiera esparcir más lejos sus caricias húmedas sobre las riberas. Diríase, por momentos, que se adivinan en el murmullo de su cauce imperceptibles ecos de grandes voces extinguidas: lamentaciones de Dante, chismes de Boccaccio, retóricas de Savonarola, bandos de algún glorioso Médicis, sonar de trompetas güelfas y gibelinas. Junto al río, visiones evocadoras. Un puente vetusto afirma el orgullo de sus siglos y de las grandes plantas que lo hollaron; el campanario de Giotto pavonea su gracia única, esbelto como un talle de virgen botticelliana y atrevido como un capricho de orfebrería; la curva pletórica del domo yergue hacia el cielo su masa uniforme como el túrgido seno de una Venus del Ticiano; la torre cuadrilátera de la Señoría, sitio de lides heroicas cual las que el poeta griego narró de Aquiles y de Héctor, se perfila elegante como una pieza de ajedrez digna de ser jugada por la mano de la Virgen del Granduque [...] (Ingenieros 2009, 41-42).

En opinión de Graciela Montaldo, este reciclaje de referentes culturales es una operatoria característica del modernismo, que procuraba combinar los mitos y citas del pasado, los museos y bibliotecas, con “lo nuevo” del presente, especialmente el nuevo ritmo de la vida urbana (Montaldo, 32-33). En cuanto a la fusión de las artes, visible en la descripción citada, es otra constante en las crónicas de Ingenieros, que se desplazan con naturalidad entre la música, la

escultura, la arquitectura o las letras. Muchas de ellas están dedicadas a la crítica de obras literarias, de teatro y de óperas disfrutadas durante el viaje, e incluso evalúa en términos propios del espectáculo eventos de otro orden, como cuando señala la “teatralidad” con que son tratados los casos criminales en Italia (Ingenieros 2009, 134). Como ya dijimos, el *valor estético* es lo que justifica, a los ojos de este viajero, el gusto por las corridas en España, que explica diciendo: “El problema no es matar de una estocada, sino matar con arte” (177). En crónicas como la dedicada a los toros, así como en aquellas que toman como eje temático la visita a las ruinas italianas, podemos encontrar rasgos de esa actitud que Paul Bourget asociaba con el parnasianismo y que fueron constitutivos de buena parte de las opciones estéticas del modernismo hispanoamericano: cierta tendencia hedonista liberada de imposiciones morales, la defensa del arte por el arte, la sublimación heroica de lo real, la subordinación de la ética a la estética y una tendencia al objetivismo estetizante, la distancia contemplativa según la cual la belleza no residiría en la pasión o el sentimiento, en la verdad ni en la elocuencia, sino en la *sugestión*, el poder de evocar ciertas imágenes o estados particulares del alma a partir de un objeto estéticamente codificado.

Esteticismo, sensualidad, hiperestesia y un lenguaje preciosista se conjugan también en la crónica dedicada a describir las manos de Eleonora Dusse, un texto que no en vano era elogiado por Rubén Darío:

Son nidos de caricias. Ora sencillas, para acariciar ángeles vaporosos cual los de Luca della Robbia: ora complejas, insuperables para despertar dormidas sensualidades. Podrían deslizarse sobre un cuello con más suavidad que un filo de guillotina; o pasear ágilmente por sobre los huesecillos de

las vértebras sembrando el calofrío, como una felpa a contrapelo; o esparcir sobre un busto efébeo el ajeteo de mil cosquillas interminables, convirtiendo la piel en teclado armonioso bajo la yema de sus dedos. (*AMC*, 83)⁴

Pero simultáneamente, nuestro cronista despliega una inevitable mirada clínica en la apreciación del espacio, los personajes y objetos que va encontrando a su paso. Esta operación de “medicalización” (Terán) se produce, por ejemplo, en la siguiente comparación entre una tela de Sorolla y un cuadro de Sisley:

...Hay paisajes sanos y enfermos, equilibrados y neurasténicos, jóvenes y viejos; en algunos sobra la vida, en otros languidece. La salud de los paisajes tiene fisonomía especial: sonrisa y alegría; los de naturaleza moribunda parecen muecas de envidia, de angustia, de pena. (*AMC*, 12)

Esta extrapolación del saber médico al análisis del paisaje se condice enteramente con su apreciación de la conducta social, analizada desde una perspectiva medicalizada que se erige en patrón interpretativo de acontecimientos de orden sociológico. Por ejemplo, cuando describe una manifestación anticlerical en “Escapularios y eglandinas”, aparece, frente a la “masa torva” o el “rebaño sectario”, la figura solitaria del “psicólogo” que “mira y pasa”, es

⁴ Precisamente Rubén Darío, poco antes de morir y en una conversación privada, recordaba a José Ingenieros con estas palabras: “Es un estilista. A la inversa de lo que pasa con los que se dedican a la literatura científica y que descuidan su decir, él no, pule y labra. Su párrafo es lleno y sonoro, forjado reciamente, claro y preciso. Y cuando se propone con más empeño hacer letras, es un escritor maravilloso. Su elogio a las manos de Eleonora Duse, es una joya. No creo que nunca se haya cantado a unas manos más bien ni mejor.” Conversación reproducida en Bagú, 181.

decir, que observa desde la posición objetivante del saber científico. En la misma línea que vincula el saber del médico / psicólogo con el del sociólogo, encontramos su explicación de la formación del “sentimiento” imperialista en la visita a Berlín, tributaria de una mirada que presta particular atención a lo que podríamos denominar la formación de las subjetividades en el seno de la cultura imperial. Ejemplificando siempre con el caso alemán, nuestro autor señala cómo las condiciones materiales que dan lugar al imperialismo y que se consolidan con él, tienen un correlato necesario en la orientación de la mentalidad colectiva y en la *sugestión de ideales* producida por las letras:

Los poetas de la joven Alemania, celebrando la gloria de los antepasados y saludando el magnífico esplendor de una aurora nueva, iluminaron y preludiaron el sueño «en que la Walkyria llamaba a su Siegfrido». Las letras fueron el espejo fiel en que se retrató el alma del resurgimiento alemán; cuando Prusia comenzó a trabajar y a organizarse, después de Yena, sus primeras revanchas fueron visibles en el campo literario, poético y filosófico. Antes que Bismarck, Moltke y Roon, los Arndt y los Koerner trabajaron y combatieron por salvar la libertad y la nacionalidad alemanas. Sería absurdo negar que esa larga sugestión de ideales mantenida por los Lessing, los Herder, los Kant, los Schiller, los Humboldt, ha concurrido eficazmente a formar en la mentalidad colectiva el sentimiento imperialista, dándole expresión tangible. Cuando la mentalidad está formada llega un Bismarck, comprende que las circunstancias son propias para el gran designio nacional y distiende las velas [...] (Ingenieros 2009, 267).

Varias conclusiones podemos extraer del pasaje que antecede: la poesía tiene una función cuasi-romántica, iluminadora y profética en la formación del sentimiento na-

cional; las letras, por otro lado, son el “espejo del alma”, en este caso, del resurgimiento alemán –y al decir eso Ingenieros suscribe una concepción utilitaria y socialmente funcional del arte y la filosofía. La acción política y militar se ve precedida así por la construcción simbólica del *nacionalismo* alemán, tarea de los poetas y filósofos. Llegados a este punto, no podemos menos que vincular estas reflexiones de Ingenieros con las afirmaciones de Benedict Anderson, quien pone de relieve la asociación entre la labor filológica y literaria y la formación de las nacionalidades europeas del siglo XIX, sostenidas en “una comunidad imaginada mediante la lengua” (Anderson, 205).⁵

Dada esta conformación colectiva de la mentalidad imperialista y su carácter de construcción simbólica, es lógico aceptar, con Ingenieros, que “El imperialismo requiere una educación especial adaptada a sus fines”. Y lo interesante es que, para este viajero, esa pedagogía del imperialismo excede lo que podríamos considerar la estructura y funciones de la educación formal, es un proyecto simbólico que se esparce por la materialidad que organiza la vida urbana de la ciudad alemana que está visitando y de la cual afirma: “La vida en Berlín es una incesante acumulación de sugerencias concurrentes a fomentar el sentimiento imperialista” (Ingenieros 2009, 267). Por ello, tanto los nombres de las calles como las estatuas, o los elementos arquitectónicos y orna-

⁵ Este autor afirma, además, que “el siglo XIX fue, en Europa y sus cercanías, una edad de oro para lexicógrafos, gramáticos, filólogos y literatos de las lenguas vernáculas. Las actividades vigorosas de estos intelectuales profesionales fueron el fundamento para determinar los nacionalismos europeos del siglo XIX, en contraste absoluto con la situación de los países de América entre 1770 y 1830” (107).

mentales en los edificios públicos, son para Ingenieros formas de dirigir e interiorizar constantemente los “cuatro elementos principales” que constituyen ese sentimiento imperialista: “el culto de la gloria nacional, la noción de la jerarquía, el hábito de la disciplina y la intensificación del esfuerzo individual” (Ingenieros 2009, 267). A esta educación *pública* en el amplio sentido del término, se añade la obligatoriedad del servicio militar, que colabora en formar “el sentimiento de la disciplina” (Ingenieros 2009, 269).⁶ Esta sintonía entre el orden urbano y la conformación de una mentalidad es lo que lo lleva a decir que “Una permanencia en Berlín nos ha valido más, para interpretar la completa mentalidad de Nietzsche, que la lectura de treinta volúmenes de crítica sobre su personalidad y su obra” (Ingenieros 2009, 269), pues la ciudad visitada funciona, en consecuencia, como una matriz interpretativa intelectual. En este sentido, la reflexión de Ingenieros sobre el orden urbano ofrece algunos puntos de contacto con el pensamiento de George Simmel. Para este último, la ciudad era, simultáneamente, el ámbito ideal para el predominio del intelecto y la base de la economía monetaria, dos aspectos intrínsecamente vinculados.⁷ Para Ingenieros, la economía y la cultura intelectual urbanas están también unidas, en este caso, en la génesis del “sentimiento” imperialista. Es la “naturaleza teatral de la metrópoli”, en expresión de Peter Fritzsche (154), lo que está per-

⁶ Este aspecto es particularmente sensible desde la perspectiva argentina, si se tiene en consideración que en nuestro país el servicio militar fue obligatorio a partir de 1901.

⁷ En palabras de Simmel: “La metrópoli siempre ha sido la sede de la economía monetaria. [...] La economía monetaria y el predominio del intelecto están íntimamente conectados” (Simmel, 2).

cibiendo y lo que le permite desmontar el andamiaje de la formación de esa mentalidad imperialista.

En otros casos, como en la crónica dedicada a adelantar noticias del congreso sobre la tuberculosis que tendría lugar en París, la mirada del cronista detecta la primicia periodística, que comunica amparado en su saber científico y en una retórica en extremo estetizante y preciosista, como en esta descripción de la sala de exposiciones del evento:

La ornamentación del Grand Palais será extraordinariamente lujosa. Pero los congresistas encontrarán sus mayores atractivos en la planta baja, donde se instalará la *Exposición internacional de la tuberculosis*. A la derecha, sobre pulidos estantes, contrastando con su elegancia, hay colecciones de anatomía patológica [...] Es curioso el empeño artístico que muchos médicos ponen en la preparación de las piezas anatómicas; la elegancia cruel y el chic más siniestro han sido puestos al servicio de la ciencia. Dentro del alcohol hay carnes hermosas como terciopelo, huesos pulidos como nácares cariados, redes finísimas de nervios como telarañas; algunas piezas parecen orfebrerías elaboradas con tejidos muertos, bordados, mosaicos, esculturas [...] (Ingenieros 2009, 167).

Exhibición de saber y búsqueda de estilo, sensibilidad artística y cultura científica, son todas facetas de la prosa de Ingenieros que, tomando como objeto la materialidad de los órganos enfermos o el espacio urbano europeo, producen en sus crónicas ese punto de inflexión entre el periodismo y la literatura que, al decir de Susana Rotker, hacía visible al sujeto literario que había producido la crónica en un lugar discursivo tan heterogéneo como la prensa (Rotker, 25 y 116).

Palabras finales

El viajero estudioso

Al leer las crónicas de Ingenieros, es fácil advertir, más allá del relato del viaje y la descripción de los lugares y personajes conocidos, que el cronista no se limita a traducir sus impresiones sino que reflexiona sobre el hecho mismo del viaje y los viajeros. Uno de los atributos esenciales del viaje es, desde la perspectiva de nuestro autor, la posibilidad que ofrece como medio de comprensión de una cultura, aspecto en el cual supera, a su juicio, al ejercicio de la lectura, como se puede apreciar en el pasaje citado en que aseveraba que una estadía en Berlín valía más que la lectura de la obra completa de Nietzsche para comprender su filosofía (Ingenieros 2009, 297). Pero esta función intelectual del viaje no es aplicable a todos los viajeros, pues éstos se organizan en una jerarquía en cuya cúspide se ubica el sabio, el esteta, el erudito, el intelectual: el único capaz de transformar el viaje en una experiencia del espíritu, a partir de un *consumo* más intelectual/estético que turístico. Veamos dos fragmentos en que distintos tipos de viajeros se diferencian por la clase de mirada y de utilización del espacio visitado que ponen en funcionamiento:

Florenxia conserva su tradición de ciudad intelectual. En primavera invita a amar la vida y a vivirla hermosamente; no mentiría al proclamarla primera entre las ciudades bellas. Entiéndase que tal sería una opinión de artista: un *rastagouere* daría su voto por París, donde el Moulin Rouge le interesa más que el Louvre (Ingenieros 2009, 43).

El apacible burgués suele visitar la península con precipitación de bárbaro o con apática mansedumbre de rentista: ignora el misterio de cada ruina y es insensible a la más leve emoción de arte. Necesita referir que ha recorrido la Italia y lo consigue fácilmente: cuatro bocanadas de aire sobre el Pincio, una serenata en el golfo de Nápoles, la inevitable ascensión al Vesubio y el descenso a las desmanteladas ruinas de Pompeya, dos giras en góndola por el Canalazo, un paseo en la plaza de la señoría y una noche de espectáculo en la Scala. Le basta un ejemplar de la guía Baedeker, cuya provechosa vulgaridad supera a todo elogio. ¡Cuántas impresiones de viaje han sido pacientemente copiadas de sus páginas! (Ingenieros 2009, 202 – 203)

Es obvio que para Ingenieros no es la riqueza el factor que determina el ingreso a la élite de los viajeros. Incluso se ha dicho que en él y otros viajeros “estéticos”, tanto los burgueses porteños como los nuevos ricos norteamericanos están considerados como viajeros “no espirituales” (Viñas 1982, 55). Por el contrario, la consagración se alcanza, básicamente, por su vinculación con el saber, con la tradición letrada, científica y artística que le permite practicar una hermenéutica de los lugares visitados imposible para quien carece de cierto capital simbólico a la vez que, como todo viajero, produce una selección y jerarquización de la materia narrada que responde a tensiones profundas de la sociedad a la que destina sus escritos (Carrizo Rueda, 28-29). De ahí que se haya señalado la

presencia de un estrato elitista en las convicciones de Ingenieros, en quien pervive, al decir de Oscar Terán, “el mito romántico del intelectual como una naturaleza tan marginal como excepcional por su capacidad para descifrar las esencias del mundo y los signos de una sociedad” (1986, 26). Obviamente, en esta actitud analítica del intelectual respecto del orden social hay una suerte de crítica *desde dentro* del proceso mismo de la modernidad, en lo cual Ingenieros se torna un verdadero discípulo del romanticismo, al menos en lo que hace a la crítica del orden burgués moderno (Löwy-Sayre, 32).

En resumidas cuentas, Ingenieros procura construir una imagen de sí mismo que opone explícitamente al “simple turista”, generalmente un “tranquilo burgués”, o al “viajero ingenuo”: la de un “viajero estudioso”, quien se acerca a lugares, eventos y monumentos con la perspectiva propia de un sabio o erudito (Ingenieros 2009, 101). Dice nuestro autor que, si se adopta su método, “será fácil sacrificar la originalidad al saber, la imaginación a la crítica. Y, en suma, se obtendrá una impresión consciente, preferible en todos los casos a las improvisadas sensaciones puramente literarias” (Ingenieros 2009, 101). En otras palabras, no es sólo una empatía de orden subjetivo la que permite evocar la vida de otros tiempos al viajero que se mueve en el espacio europeo, marcado por una densidad histórica y simbólica significativa, sino que es una posibilidad adquirida gracias al estudio y, por tanto, abierta a “todo espíritu medianamente culto” (Ingenieros 2009, 104).

En definitiva, estas “hojas al pasar” ilustran ejemplarmente una de las facetas de mayor peso pragmático en el corpus de las crónicas o notas de viaje del período: la de ser

una modalidad del *discurso de autoridad*. Esto es así no sólo por el hecho de que en su génesis está la existencia de un viajero empírico que legitima la voz del cronista, sino también porque ese cronista, según la etopeya de su propia figura autoral que diseña Ingenieros, se corresponde con la figura de un sujeto sensible, culto, erudito, informado en materia social y científica: en sus propios términos, un *estudioso*, para quien el viaje intelectual supera con creces el traslado espacial y en cuya mirada es más determinante el *reconocimiento* de lo ya sabido que la búsqueda de la novedad, del exotismo o de la fascinación por lo lejano y distinto.

Apéndice

Regreso de nuestro director. Demostración celebrando sus éxitos científicos¹.

Desde el 1° de Noviembre se encuentra en Buenos Aires el Dr. José Ingegnieros y a partir del próximo número se hará cargo personalmente de la dirección de los *Archivos de Psiquiatría y Criminología*.

Impedidos como estamos de juzgar su vasta labor científica en el viejo mundo, nos limitaremos a su simple enumeración.

Desde su salida de Buenos Aires, en Abril de 1905, el Dr. Ingegnieros ha publicado en Europa los siguientes libros:

- *La simulación en la lucha por la vida*. Editor Sempere, Valencia (España), Mayo 1905.
- *Italia: en la Ciencia, en la Vida y en el Arte*. Idem, Enero 1906.
- *Le langage musical et ses troubles hystériques*. Editor Alcan, París, Agosto 1906.

¹ Transcribimos el texto de *Archivos*, V (1906): 711-722. Modernizamos la acentuación.

- *La législation du travail dans la République Argentine*. Editor Cornely, París, Septiembre 1906.
- *Histeria y sugestión* (2a edición de “Los accidentes Históricos”). Editor Sempere, Octubre 1906.
- *La simulación de la locura* (4a edición). Idem, Diciembre 1906.
- *Nuova classificazione dei delinquenti*. (En prensa)

Desde Europa ha enviado 40 correspondencias a nuestro colega *La Nación* y ha publicado más de 30 artículos científicos en las siguientes revistas de Buenos Aires:

- *Revista de Derecho, Historia y Letras*
- *Archivos de Psiquiatría y Criminología*
- *La Semana Médica*.
- *Argentina Médica*
- *Revista Nacional*
- *Monitor de la Educación*
- *Música*
- *Archivos de pedagogía y ciencias afines, etc.*

En el extranjero ha intervenido brillantemente en varios congresos científicos, compartiendo con Lombroso, Ferri y Sommer la presidencia de la Sección de Antropología Criminal en el V Congreso Internacional de Psicología.

Ha dado conferencias científicas en varios centros científicos y universitarios de Europa, comenzando en el Policlínico de Roma y rematando en la Sorbona de París; su eco honroso repercutió repetidamente en esta ciudad.

Ha colaborado en las siguientes publicaciones extranjeras [sic], con un total de más de 60 trabajos, sobre psiquiatría, neuropatología, criminología y sociología.

- *Atti del quinto Congresso Internazionale di Psicologia*, Roma.
- *Archivio di Psichiatria: Il Manicomio*, Nocera.
- *La Presse Médicale*, París.
- *Nouvelle Iconographie de la Salpêtrière*, París.
- *Revue Neurologique*, París.
- *Revue Scientifique*, París.
- *Revue de Philosophie*, París.
- *Journal de Psychologie normale et pathologique*, París.
- *Revue de Psychiatrie*, París.
- *Annales médico-psychologiques*, París.
- *Archives de névrologie*, París.
- *La Vie Normale*, París.
- *L'Amérique Latine*, París.
- *Journal de Névrologie*, París.
- *Revista Iberoamericana de Ciencias Médicas*, Madrid.
- *España Moderna*, Madrid.
- *Gaceta Médica Catalana*, Barcelona.
- *Revista Frenopática Española*, Barcelona.
- *Nuestro tiempo*, Madrid.
- *Avanti*, Roma.
- *La Critica Sociale*, Milan.

- *Nuova Antologia*, Roma.
- *La lectura*, Madrid.
- *La escuela de Medicina*, Méjico.
- *La Revista Moderna*, Méjico.
- *Presencia Médica Romana*, Bukarest.
- *Archives de l'Anthropologie Criminelle*, Lyon.
- *Revue de Psychologie*, París.
- *L'Humanité Nouvelle*, París.
- *Derecho y Sociología*, Habana.
- *Annali di Freniatria*, Turín.
- *La Médecine Belge*, Bruxelles.
- *La Revista Socialista*, Madrid.
- *La Nueva Era*, Madrid.
- *La Revista Blanca*, Madrid.
- *Le mouvement socialiste*, París.
- *Le Messager Médical*, San Petersburgo.
- *The Journal of mental pathology*, New York.
- *Neurological Journal*, Londres.
- *La Gaceta Médica*, Granada.
- *Revue d'Andrologie*, París.
- *Archivos de Ginecopatía*, Madrid; etc.

Tan extraordinaria actividad merecía la demostración con que le honraron sus amigos y admiradores al regresar a Buenos Aires. Damos a continuación la crónica de esa hermosa fiesta intelectual y los discursos en ella pronun-

ciados, en los propios términos en que fueron publicados por los diarios *La Nación*, *Tribuna*, *El País*, *El Tiempo*, etc.

La redacción de los *Archivos* da la bienvenida a su director, con la seguridad de que su regreso imprimirá una actividad más intensa y próspera a la revista.

Dr. Emilio F. Bondenari

Secretario de la Redacción y Director Interino

En honor de Ingegnieros. La fiesta de anoche

“Más que la adhesión cariñosa de los amigos que miraron desde aquí los triunfos del eminente hombre de ciencia, a través de liceos e institutos de la más alta alcurnia intelectual del viejo mundo, la fiesta de anoche fue, propiamente, una consagración, la consagración definitiva e indiscutida del joven argentino, ratificada por sus compatriotas, después de obtenida en el extranjero.

Porque, en efecto, a Ingegnieros debía halagarlo por cima de todos los aplausos, el abrazo entusiasta de la tierra nativa, que hizo vibrar en todo momento las notas más elocuentes de su temperamento de artista y de sabio. Así lo han dicho los oradores brillantes de la fiesta, recogiendo las sensaciones que el mismo desparramaba en el ambiente, contándonos las nostalgias del viaje.

El banquete, que asumió grandes proporciones, no resultó sin embargo completo, debido a que el número de adherentes superó la previsión de los organizadores; y vióse, poco antes de la hora señalada, retirarse a una cantidad enorme de personas que llegaron tarde a recoger el cubierto,

pues el local estaba materialmente repleto. La deficiencia resulta, por cierto, halagadora para el obsequiado.

Transcurrió la comida en medio de la mayor animación, lo que debía esperarse de antemano atenta la calidad intelectual de la concurrencia.

Ofreció la demostración el doctor Eliseo Canton, decano de la Facultad de Medicina, en frases que fueron interrumpidas a cada paso por aclamaciones. Sentimos de veras no publicar el discurso, por la circunstancia de no haber sido escrito por el orador.

Contestó el obsequiado en los términos que más abajo transcribimos.

Luego habló el Dr. Roldán, dando la nota de la elocuencia y a pedido insistente de los presentes, el señor Mariano de Vedia, que tributó a Ingenieros la ofrenda de la amistad en una improvisación hermosa y llena de espiritualidad.

En suma, Ingegnieros debe sentirse satisfecho de la acogida que se le ha dispensado entre los suyos a su regreso de Europa, porque en verdad es demasiado elocuente el significado del acto de anoche.”

Discurso del Dr. José Ingegnieros

Afronto esta demostración con ánimo inquieto y palabra reticente. Compláceme vuestro cariño invariado; pero advierto que ya os pertenezco en demasía: no vengo con jactancia de caballero que acepta la flor vencida en noble

justa, mas con vacilación de acusado que rinde cuentas ante un severo tribunal de iguales.

Vuestra cordialidad formuló otrora un presagio y me hizo adelantos en moneda de estímulo y de aplauso. Sólo pude corresponderos con mi labor intelectual. Vosotros diréis si pagué justo y de buena ley; yo puse en ello mi intención mejor y mi pertinacia más obstinada.

* * *

Si hay virtudes, si el bien y el mal no son simples disfraces verbales del placer y del dolor, diré que admiro entre todas la que diferencia a los hombres de las sombras, a las unidades de los ceros, a los que existen de los que no existen: la virtud suprema, la energía. Ella incuba el secreto de todos los éxitos para los individuos y de todas las grandezas para los pueblos.

Es el motor y la palanca de la vida, siempre multiforme y compleja; es triunfadora, inagotable, renace más vigorosa después de cada esfuerzo. Ella es ciencia cuando se aplica a observar o interpretar; es trabajo cuando produce y fructifica; es arte cuando sueña y cuando canta. Ella abrevia el espacio tejiendo telarañas de acero que agrietan las pampas y sembrando bajeles cuyas hélices conspiran contra el ritmo de los océanos; ella viola el tiempo y se le adelanta, enseñándonos a pronosticar los fenómenos venideros por la inconstancia de una aguja magnética; ella rompe el hijar de la montaña y abre en la masa de las cordilleras un paso a la civilización dominadora, como desafío de la potencia humana al aislador capricho de naturaleza; ella separa continentes y funde océanos, cortando enormes estrechos, como si fueran cuellos gráciles bajo el filo de ci-

clópeas guillotinas; ella, siempre la energía humana, enseña a ver lo invisible, a escrutar lo inescrutable, a manejar las fuerzas más extrañas e incomprensibles, a convertir en proficuos motores la violencia de la catarata, el calor del sol, el empuje de los ciclones, la majestuosidad de las mareas.

La historia de la humanidad es la historia de su energía, en todas las formas individuales y colectivas; la energía del que estudia y del que siembra, la energía del que enseña y del que combate, de la madre que cría, del poeta que rima, del labriego que siega, del amante que besa, del rebelde que clama. Vivir la vida es un privilegio de los fuertes: los otros la asfixian en la inercia o la marchitan en la sombra.

La intención no basta; es necesario el gesto. La promesa es falaz si no la acompaña la acción. Más aún: toda promesa debe ser ya el comienzo de una obra.

He sido invariable adepto de este culto de la energía. Por eso mi balance es sencillo y cabe en dos palabras: “he trabajado”. Aceptadlas, si os place, como saldo honorable de mi deuda; si vuestra exigencia es más, contentaos con ver en ellas un nuevo compromiso para el porvenir.

* * *

Cuando se parte con una mentalidad ya definida, la vagancia por tierras lejanas aporta pocas convicciones nuevas, pero ajusta o corrige las que son más hondas en la integración evolutiva del espíritu. El conocimiento objetivo del mundo y de la vida, en fases más innumerables, solo puede confirmarnos las nociones fundamentales de la filosofía científica: la evolución y el determinismo. Por la una sabemos que todo cambia y progresa, por la otra aprendemos

que sólo cambia subordinadamente a causalidades que son ajenas [sic] al voluble capricho de la voluntad humana.

Sólo intereses transitorios y accidentales podrían sugerir transacciones entre el fantasear de la metafísica y la disciplina realista de la ciencia. La madurez del pensamiento persigue la intelección sintética de los fenómenos del universo, cuya realidad es objetiva y es una. Podemos, conforme a nuestro lente subjetivo, mirarla de cien modos, juzgarla según nuestros deseos, dolernos de ella si rompe alguna cuerda en la lira de nuestros sentimientos. Pero siendo la realidad una y objetiva, la síntesis de nuestra filosofía científica debe ser un evolucionismo determinista, eje y motor de toda la ciencia contemporánea.

* * *

Leve es cualquier bagaje de hechos y sensaciones; frágil es toda consolidación del saber, que siendo humano es por fuerza exiguo y precario; superficial es la incesante floración de los procesos cerebrales que la vida intensa complica.

Lo más fundamental en el espíritu ausente es el aprendizaje de afecciones que vinculan al terruño, que hacen amar a esa indefinible madre común, que hacen vibrar por ella como por una novia que empieza a idolatrarse cuando está lejana, que estremecen por la eclosión de fuentes sentimentales que se dirían cegadas porque las obstruye su proximidad misma.

Es necesario haber sufrido la cruel lección de la nostalgia para comprender que mientras la fraternidad universal es un idealismo abstracto, el amor por el país propio es un sentimiento real. Los ideales abstractos son la polilla del

cerebro, carcomen la energía; los sentimientos reales la orientan y la fecundan.

El espíritu proscrito se puebla a la distancia de inenarrables recordaciones. Frente a un Lacio silencioso, donde tanta gesta de césares y de tribunos ilustró la historia de muchos siglos, la imaginación vuela de pronto y reconstruye la pampa monótona y grandiosa. Los más vastos panoramas de cumbres y quebradas helvéticas nos evocan la adusta majestad del Andes, prestigioso y magnífico. En cada racha de mistral creemos sentir un roce de alas frescas y tenaces, como la penetrante caricia del pampero. Junto a un Arno que madrigaliza crónicas de antiguas gentes florentinas, nos frisa la memoria el recuerdo de nuestros ríos que peinan con mansedumbre inefable las murmurantes cabelleras de los sauces melancólicos. Siempre, con razón o sin ella, el terruño está presente en el espíritu. Y alguna vez, en horas de vaguedad crepuscular pasadas sobre una margen tranquila del Rhin, frente a castillos fantásticos que parecen animarse por las sugerencias deslumbradoras de la mitología y del arte, en vez de soñar con wagnerianos cantos de walkirias que descienden al abismo buscando el oro legendario, nos parecía oír murmullos tenues, indecisos, venidos de muy lejos, trayendo el eco mustio de esa alma nativa que agoniza en la melopeya de un “triste” o de una “vidalita” nuestra.

* * *

Amar a este hogar común es dignificarse a sí mismo. Hacer que se robustezca el tronco de este árbol que a todos juntos nos da sombra, es una forma de sentir el más elevado egoísmo colectivo.

Procuremos para ello ser células vigorosas del organismo en formación: pensamos que la intensidad de cada individuo, obtenida por el esfuerzo y la energía, es un elemento de la grandeza total. Seamos piedras distintas que concurren a combinar el mosaico de la nacionalidad; seamos todos diversos en tamaño, en color, en brillo, pero todos armónicos dentro de la finalidad grandiosa del conjunto.

Aspiremos a vivir nuestra propia vida.

Aspiremos a crear una ciencia nacional, un arte nacional, un sentimiento nacional, una política nacional, adaptando los caracteres de las múltiples razas originarias al marco de nuestro medio físico y social. Así como todo hombre aspira a ser alguien en su familia, toda familia en su clase, toda clase en su pueblo, aspiremos también a que nuestro pueblo sea alguien en la humanidad.

El catecismo es simple: seamos profundos en la vida, libres en la idea, enérgicos en la acción. Cada uno procure enaltecer el nombre de todos con su esfuerzo, ante propios y ante extraños.

Y, pues nos reunimos aquí muchos hombres jóvenes y de gustos intelectuales, auguro que cada uno vaya a honrarnos en el extranjero y al regresar a la patria pueda contar —con la tierna emoción de un hijo a su madre cariñosa— que en el más conspicuo Instituto científico del mundo, ha escuchado de un sabio eminente estas palabras inolvidables: “Saludemos con efusión a la República Argentina, hermoso país cuyos hombres vienen a Europa para enseñar, a una edad en que los europeos acostumbramos comenzar a aprender.”

Discurso del Dr. Belisario Roldán

“Y bien, doctor: he nos aquí de nuevo en torno suyo, rojas de aplauso otra vez las manos amigas y no extinguido todavía, por cierto, el rumor de los últimos tributos. A fe que si a cada manifestación de su talento hubiéramos de responder por nuestra parte con homenajes análogos a éste, habríamos de vivir, –tal es, señores, su peregrina actividad mental,– como aquellos sibaritas del Bajo Imperio, de quienes cuenta un biógrafo que iban al festín del día no marchitas aún las rosas con que habían orlado los manteles del anterior... Fuerza es entonces concretar el pláceme; y al levantar las copas en honra del autor de los últimos triunfos, bebamos sin zozobra por el autor de los triunfos que vienen, porque para este infatigable trabajador, la última palabra de la obra concluida sólo sugiere la imperiosa necesidad de volcarse todo entero en la obra futura... Es que en él coinciden, por modo admirable, la facultad de crear y la energía creadora; esa fecunda energía de la cual nos hablaba hace un momento, en un largo párrafo sonoro que tanto podría parecer un himno como un credo; es que en él están la voluntad siempre en guardia, superabundándose a sí misma en sucesivas y cada vez más brillantes explosiones, –uno como bosque de invierno donde todo fuera un verdear de ramas nuevas...; es que en él riman la visión y el nervio, el carácter y el destello, el *puedo* y el *quiero* de la vieja fórmula animosa; eso, en fin, que el poeta de Méjico, a ratos elocuente, compendió en un sonoro verso.

...luz y firmeza,

Firmeza y luz como el cristal de roca!

Yo levanto una vez más mi copa en su honor, “viejo niño”, que tiene de las altas horas de la vida el amor a las elevadas especulaciones y de las horas primeras esa sana y fresca alegría del espíritu que es timbre de vencedores y promesa de triunfo seguro; yo levanto una vez más mi copa en su honor; y ante el espectáculo de esa energía sin ocios, que desde el anónimo rincón originario ha sabido tender, más feliz que el hijo de Isaac, la escala de la luz que le conduce a esta notoriedad respetable y respetada; ante el ejemplo de esta vida que trabaja, que se llena, que triunfa y que se impone, –invitemos, señores, a los que disimulan su impotencia con la estéril sonata de siempre, atribuyendo a nuestro medio intelectual deficiencias orgánicas o enrarecimientos asfixiantes,– invitémosles a pensar, que aquí, como en todos los rincones del mundo para los cuales brilla el sol, cada labrador tiene su cosecha y cada vencedor tiene su palma, como cada capullo su eclosión y cada día su hora meridiana... Invitémosles a creer que también aquí hay una recompensa justiciera para estos nobles esfuerzos y que el medio mental en que vivimos, como ser *núbil y breve*, como la niña del poema clásico, responde a estas austeras vigiliass del propio modo como la campiña enorme va respondiendo con inagotables oleadas de trigo a las preguntas benditas del arado y la semilla...

No; lo ha dicho muy bien el Dr. Canton: nuestro nivel intelectual avanza. Verdad es que el puesto político se subalterniza a gran galope, aquí como en todas las democracias de la tierra; verdad es que las tandas de mediocres corren a ocupar ruidosamente el puesto que antes fue de los ilustres, acaso porque la función del gobierno se impersonaliza del todo y porque los atributos del mando brillan más eficaces y destacados cuanto más se escurre en su propia penumbra el

sujeto físico que los lleva..., pero no es lícito, –gracias, señores– inferir de ahí una baja en las acciones del pensamiento, porque si se destiñen las insignias oficiales, se acentúa, en cambio, el fulgor de las Academias; y si la Francia –para citar un solo ejemplo– negó a Waldeck-Rousseau el honor un tanto relativo del gobierno, precisamente porque tenía el defecto intrínseco de valer demasiado –libre quedó para el gran francés el sendero de las públicas consagraciones, y palmas y lauros más duraderos que el bastón de M. Faure premiaran ya, a no mediar la muerte, tanta consagración y tanto cerebro... Contramarche en buen hora la humanidad, en lo que a su tipo gobernante se refiere, hacia el *home bueno* de las Partidas. Acaso estará en lo cierto. Entre tanto, celebremos el advenimiento de estos *puros espíritus*, ungidos por Taine, que viven replegados en su mentalidad, como un monje en su convento, y que no ambicionan el puesto político ni corren tras el aplauso trivial de las muchedumbres, –aplauzo tanto más irrespetable, señores, cuanto que para traducirse en sufragio a favor del mismo aplaudido, fuera menester tasar y pagar primero la menguada soberanía a razón de tantas lentejas por miserable!

Por Vd. brindo: por Vd., que trabaja, que triunfa y que se impone sin contaminarse; por Vd., que va a su destino altiva y alegremente, como hacia el castillo de la mujer amada un joven caballero del medioevo, todo él radiante en la jubilosa seguridad de hallar al término del viaje la sonrisa y el premio...; por Vd., el primer compatriota a quien ha cabido la honra insigne de levantar su voz en la Sorbona, llevando, no por mandato expreso pero sí por virtud de tácita delegación, la plenipotencia de todo el cerebro argentino; por Vd. que después de haber recorrido en el mundo lejanas tierras y en el campo doctrinario lejanas teorías, –acaba de

confesar “con la ternura de un hijo a la madre cariñosa” – son sus palabras – que siente, intenso y vivo, el amor a la República y que allá, del otro lado de los mares, frente a las cumbres Helvéticas o ante el Arno, que “madrigaliza” crónicas de viejas gentes Florentinas, o bajo el aletazo de ese Mistral que peinó un día los penachos de la Gran Guardia, o ante el Rhin, cuyas olas parecerían sugerir la visión inmediata de las Walkirias triunfales, – creyó escuchar, sin embargo, como en una armonía indefinible, el eco de la patria ausente y percibir el ritmo amigo de una de esas ingenuas vidalitas entre cuyas notas palpita toda entera, en efecto, doctor, el alma de la raza...; por Vd., que acaba de conminarnos al trabajo en palabras severas como una bíblica exhortación; por Vd., en fin, fecundo y firme, que sale de cada esfuerzo más entero y más completo, como esas corrientes de agua que bajan de la montaña y que más brillantes reverberan bajo el sol cuanto más peñascos han golpeado en el camino!”

He aquí la nómina de los asistentes:

Dr. Eliseo Cantón, Decano de la Facultad de Medicina; Dr. José N. Matienzo, Decano de la Facultad de Filosofía y Letras; Dr. Wenceslao Escalante, Decano de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales; Dr. Guillermo Udaondo, José M. Ramos Mejía, Julio A. Roca (hijo), Lucas Ayarragaray, Adolfo Saldías, Gregorio de Laferrère, Julián Martínez, Mariano A. Pinedo, Dardo Rocha, Ernesto de la Cárcova, Isaac Areco, Roberto Lloveras, Carlos D. Benítez, Diógenes Decoud, Enrique Revilla, Mariano de Vedia, Marco M. Avellaneda, Carlos Malbrán, Ponciano Vivanco, Tomás Juárez Celman, Nicolás Mihanovich (hijo), Nicanor Magnanini, Juan A. Golfarini, Osvaldo Saavedra, vicealmi-

rante Howard, Dr. Carlos Octavio Bunge, Carlos M. Urien, Héctor Quesada, Belisario Roldán, Dr. Pablo Oscamón, Adrián V. Penard, Dr. Benjamin Solari, Juan P. Echagüe, Dr. Eusebio Gómez, Bartolomé Gutierrez, Pascual L. Oliverio, Alberto Peralta Ramos, Dr. José Sabatini, César A. Blaye, Luis Peluffo, Ulises Codino, Dr. Piccinini, José Altieri, Eduardo Basañes, Juan L. Boeri, Mariano M. Mansilla, Lucio Gordillo, Dr. Tiburcio G. Fonseca, Antonio Vidal, Adalberto Ramangé, José Cordera, Miguel B. Griilo, Clemente Onelli, Osvaldo Saavedra, Emilio Ortiz Grognet, Francisco de Veyga, Dr. Marco Aurelio Avellaneda, Dr. Olaciregui, Aliaso F. Manzon, Víctor Mercante, Francisco Merlini, Camilo Villagra, Pedro del Pino, Angel Menchaca, Balder Moen, Dr. Juan Mondelli, Dr. Gerónimo del Barco, Dr. Nicolás Lozano, Adolfo Prieto, Adolfo Rodríguez, Alfonso Tegami, Dr. Carlos Rodríguez Etchart, Dr. Jones, Dr. Daniel R. Molina, Dr. Cupertino del Campo, Dr. Franklin Gilardi, Dr. Zárata, Cornelio Goyano Gacitúa, Dr. Nicanor Sarmiento, J. Carlos Córdoba, Dr. Antonio Agudo Avila, Eliseo V. Segura, Roberto J. Payró, Enrique Prins, Ricardo S. Gómez, José Arce, Atanasio Quiroga, Armando Claros, Luis A. Tamini, Rodolfo Roccatagliata, Félix Isleño, Dr. C. Robertson, Dr. Carlos Galindez, Dr. Ricardo Colou, Enrique Pietranera, Roberto J. Carman, Dr. Octavio V. López, Dr. Juan B. Ehuletche, Dr. César Gondra, Ernesto Lozano, Dr. Olivera Córdoba, J. Alba Carreras, M. E. Calandrelli, Dr. José A. Viale, Dr. Ficocelli, Emilio Spinelli, Florencio Madero, B. Ornstein, Dr. Manuel Castro Ferjoo, Dr. Enrique del Valle Iberlucea, Dr. Carlos Herrero, José G. Rossi, Matías Arboleya, Dr. Alfredo Palacios, Agustín Etchepareborda, Dr. Matías Gil, Dr. José Luis Murature, Julián Martínez, Lucio

V. López, Antonio Piñero, Federico Texo, Diógenes de Urquiza.

Adhirieron a la demostración excusando su asistencia los señores:

Doctores Bernardo de Irigoyen, Joaquín V. González, José Penna, Francisco A. Sicardi, Roberto Wernicke, señor Rufino Varela Ortiz, doctores Gregorio Araoz Alfaro, Amador Lucero, Estanislao M. Zeballos, Emilio B. Morales, Alejandro Ghigliani, Marcos M. Avellaneda, José R. Semprún, señor Leopoldo Lugones, doctores Julio Méndez, José M. Rodríguez, Carlos Rodríguez Larreta, Pedro O. Luro, Juan B. Ambrosetti, señor Adrián Penard, doctor Manuel Carlés, señor Ramón Falcón, doctores Mariano Demaria (hijo), Emilio F. Bondenari, Luis Agote, Julio Darnet, David Peña, Ricardo Rojas, señor Rodolfo Senet, doctores Antonio Vidal, Miguel Z. O'Farrell, señor Alejandro Madero, doctores Roberto Bunge, Carlos Saavedra Lamas, Matías G. Sánchez Sorondo, Adrian Escobar, señor Juan Vucetich, doctor Benjamin del Castillo, señores Carlos Gachet, Mauricio Nirestein, José Pardo, doctores Vicente E. del Castillo, José M. Aubone, señor Félix F. Outes, doctor J. Alba Carreras, señor Eugenio Díaz Moreno, doctores S. Araoz de Lamadrid, Francisco Cobos, señores Rufino T. Bello, José Luis Duffy, Angel M. Centeno, Daniel Demarchi, Alfredo Gaete, Emilio Alonso Criado, Santiago La Rosa, Martin A. Malharro, Rodolfo de Puga, Joaquin de Vedia, doctores Antonio Zavallía, Jaime R. Costa, Pastor Lacaoa, señores Mariano H. de la Riestra, Arturo H. Lerena, Benjamin Garcia Torres, Antonio Ballvé, doctor César Perez Colman, señor Emilio Zuccarini, doctores José M. Cabezón, Luis Cassinelli, Cesareo Urquiola, señores Eduardo Sivori,

Manuel A. Bermudez, doctores Benjamin J. Gonzalez, César C. Faussonne, señor Juan Ocamou, doctor Edelmiro B. Camogli, doctor Juan Carlos Lacroze, señores Pascual Guaglianone, Florencio Sánchez, Enrique García Velloso, doctores Benjamin Perez Avendaño, Francisco F. Moreira, Pedro Escudero, Delfino Pacheco, Genaro Sixto, Alejandro Ghigliani, Francisco P. Lavalle, Napoleón Barraza, Manuel T. Podestá, Carlos de Soussens, doctores Victor Andrés Belaunde, Ernesto de las Muñecas, señores Horacio P. Quiroga, Salvador Oviedo, doctor José M. Niel.

Bibliografía consultada

Altamirano, Carlos. 2001. “Modernidad” en Torcuato S. Di Tella y otros (supervisión). *Diccionario de Ciencias Sociales y Políticas*. Bs. As., Emecé, pp. 468-471.

----- y Beatriz Sarlo. 1997. “La Argentina del Centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos” [1980] en *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*. Bs. As., Ariel, pp. 161-200.

Alvarado, Maite. 1994. *Paratexto*. Bs. As., Oficina de Publicaciones del CBC / UBA.

Andermann, Jean y Beatriz González-Stephan. 2006. “Introducción” a *Galerías del progreso: museos, exposiciones y cultura visual en América latina*. Rosario, Beatriz Viterbo, pp. 7-25.

Anderson, Benedict. 2007. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. [1983] Traducción de Eduardo Suárez. México, FCE.

Asún, Raquel. 1981. “La editorial *La España moderna*”, *Archivum. Revista de la Facultad de Filología de la Universidad de Oviedo*, 31-32: 133-199.

Bagú, Sergio. 1953. *Vida ejemplar de José Ingenieros*. [1936] Bs.As., El Ateneo.

Barthes, Roland. 2012. *La cámara lúcida. Nota sobre la fotografía*. [1980] Bs. As., Paidós.

Blasco Ibáñez, Vicente. 1943. *Sangre y arena*. Bs. As. / México, Espasa-Calpe.

Bourget, Paul. 1905. “L'esthétique du Parnasse” dans *Études et Portraits. Portraits d'écrivains et Notes d'esthétique*. Paris, Librairie Plon, pp. 243-258 [en línea] Gallica. Bibliothèque Numérique. Bibliothèque Nationale de France, <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k801702.image.r=paul+bouret> [Consulta efectuada el 16/7/2010].

Carrizo Rueda, Sofía. 2008. “Estudio preliminar. Construcción y recepción de fragmentos de mundo” en Sofía M. Carrizo Rueda (editora). *Escrituras del viaje. Construcción y recepción de “fragmentos de mundo”*. Bs. As., Biblos, 2008, pp. 9-33.

Casullo, Nicolás (compilación y prólogo). 1989. *El debate modernidad / pos-modernidad*. Bs. As., Puntosur.

Clementi, Hebe. 1981. “Ingenieros en Italia”, *Todo es Historia*. XV, 173 (octubre): 54 – 57.

Colombi, Beatriz. 2004. *Viaje intelectual. Migraciones y desplazamientos en América latina (1880-1915)*. Rosario, Beatriz Viterbo.

Darío, Rubén. 1901. *Peregrinaciones*. París / México, Librería de la viuda de Ch. Bouret [en línea] Internet Archive, <http://www.archive.org/details/peregrinaciones00daruoft> [consulta efectuada el 17/3/2010]

Davison, Ned. 1971. *El concepto de modernismo en la crítica hispánica*. Buenos Aires, Nova.

Fernández, Cristina Beatriz. 2005. “José Ingenieros: los viajes y los saberes”, *Estudios. Revista de Investigaciones Literarias y Culturales*, año 12, N° 25: 417-434.

-----, 2007. “Literatura y ciencia en las crónicas de viaje de José Ingenieros”, ponencia leída en las *Jornadas Internacionales “Interconexiones entre la Literatura, las Humanidades y las Ciencias”*, organizadas por el Centro de Investigaciones en Literatura y Cultura y la Maestría en Culturas y Literaturas Comparadas de la Facultad de Lenguas de la Universidad Nacional de Córdoba, con la colaboración del Instituto Italiano di Cultura, la Università di Bologna y el Proyecto de la Red Temática Europea (ETNP) “Interfacing Science, Literature and the Humanities”, Córdoba.

-----, 2008. “El viaje a Europa de José Ingenieros: espacios y retóricas de una experiencia moderna”, en actas del *III Congreso Internacional CELEHIS de Literatura*, organizado por el Centro de Letras Hispanoamericanas (CELEHIS) del Departamento de Letras de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Mar del Plata, Mar del Plata [disco compacto]

-----, 2010 a. “Dos cronistas latinoamericanos en Europa: Justo Sierra y José Ingenieros” en *Jalla Brasil 2010. IX Jornadas Andinas de Literatura Latinoamericana. América Latina, integração e interlocução. Anais do Jalla Brasil 2010. Actas de Jalla Brasil 2010. Tomo II*. Niterói, Instituto de Letras de la Universidade Federal Fluminense (UFF), pp. 118-125.

-----, 2010 b. “El espacio urbano europeo y la escritura de dos latinoamericanos 'modernos': la ciudad de Roma en las crónicas de Justo Sierra y José Ingenieros”,

ponencia leída en el *IX Congreso Argentino de Hispanistas. El Hispanismo ante el Bicentenario*, organizado por el Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Nacional de La Plata / CONICET, La Plata.

------. 2011 a. “Dos crónicas alemanas de José Ingenieros”, ponencia leída en las *VI Jornadas de Historia de las Izquierdas “José Ingenieros y sus mundos”*, organizadas por el Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en la Argentina (CEDINCI) / Agencia Nacional de Investigación Científica y Tecnológica (ANPCyT) / Universidad Nacional de San Martín (UNSAM) / CONICET, San Martín / Buenos Aires.

------. 2011 b. “Ruinas clásicas y modernas en las crónicas de viaje de Justo Sierra y José Ingenieros” en Ana M. Cestero, Isabel Molina y Florentino Paredes (compiladores). *Documentos para el XVI Congreso Internacional de la ALFAL, Alcalá de Henares, 6-9 de junio de 2011*. Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá / Ministerio de Ciencia e Innovación del Gobierno de España / Instituto Cervantes / Fundación Comillas / Instituto Franklin / Alcallingua / Ayuntamiento de Alcalá de Henares / Akal / Iberoamericana-Vervuert / Ediciones SM [disco compacto]

------. 2012 a. “Espectacularidad, esteticismo y decadencia. Las corridas de toros en una crónica de viaje de José Ingenieros”, *Anales de literatura hispanoamericana*, n° 41 [en prensa]

------. 2012 b. “Peregrinaciones laicas y modernas. Los congresos científicos en las crónicas de viaje de José Ingenieros” en Mónica Scarano y Graciela Barbería (editoras). *Escenas y escenarios de la modernidad. Retóricas de*

la modernización urbana desde América latina. Mar del Plata, Ediciones Suárez [en prensa]

Foucault, Michel. 1996. *Genealogía del racismo*. [1975-1976] Traducción de Alfredo Tzveibel. La Plata, Altamira.

Fritzsche, Peter. 2008. *Berlín 1900. Prensa, lectores y vida moderna*. [1996] Traducción de Silvia Jawerbaum y Julieta Barba. Bs. As., Siglo XXI.

Garavelli, Bice Mortara. 1988. *Manual de retórica*, Madrid, Cátedra.

Gutiérrez Girardot, Rafael. 1988. *Modernismo. Supuestos históricos y culturales*. [1983] México, FCE.

-----, 1993. “La literatura hispanoamericana de fin de siglo” en Luis Iñigo Madrigal (coordinador). *Historia de la literatura hispanoamericana. Tomo II. Del neoclasicismo al modernismo*. Madrid, Cátedra, pp. 495-506.

Habermas, Jürgen. 1991. “Modernidad: un proyecto incompleto” en Nicolás Casullo (compilador). *El debate modernidad – pos-modernidad*. Bs. As., Puntosur, pp. 131-144.

Henríquez Ureña, Max. 1954. *Breve historia del modernismo*. México / Bs. As., FCE.

Herman, Arthur. 1998. *La idea de decadencia en la historia occidental*. Traducción de Carlos Gardini. Santiago de Chile, Andrés Bello.

Hobsbawm, Eric. 1998. *La era del imperio, 1875 – 1914*. Buenos Aires, Crítica.

Ingenieros, José (director). 1902-1913. *Archivos de psiquiatría y criminología aplicadas a las ciencias afines. Medicina Legal. Sociología. Derecho. Psicología. Pedagogía*. Buenos Aires.

----- . 1906. “Interpretación sociológica del imperialismo”, *La España Moderna* (octubre): 71-82.

----- . [1906]. *Italia en la ciencia, en la vida y en el arte*. Valencia, Sempere.

----- . 1906. “La evolución del socialismo en Italia”, *La España Moderna* (enero): 70-103.

----- . 1908. *Al margen de la ciencia*. Bs.As., Lajouane y Cía.

----- . [1908]. *Italia en la ciencia, en la vida y en el arte*. Valencia, Sempere.

----- . 1908. *La enfermedad de amar. Psicopatología de los enamorados* [folleto]. Publicado en la *Revista del Centro Estudiantes de Medicina*, Bs. As., Establecimiento Gráfico y Casa Editora de M. Rodríguez Giles.

----- . [1909]. *Al margen de la ciencia*. Valencia / Madrid, Sempere.

Ingenieros, José. 1917. *La intimidad sentimental*. Buenos Aires, Ediciones Mínimas.

----- . 1919. *Crónicas de viaje (1905-1906). Elogio de la risa. Italia. Los psicólogos y la psicología. Al margen de la ciencia. Dos discursos*. 6a. edición. Bs. As., Talleres gráficos argentinos de L. J. Rosso y Cia.

-----, 1928. *Los amantes sublimes. Estudios sobre el amor (reunidos y ordenados por el hermano del autor)*. Bs. As., editorial Pablo Ingegneros.

-----, 1951. *Crónicas de viaje: 1905-1906*. Bs. As., Ramón J. Roggero.

-----, 1957. *Obras completas. Volumen 5. Crónicas de viaje (Al margen de la ciencia) 1905-1906*. Bs. As., Elmer.

----- . 1962 a. “Crónicas de viaje” en *Obras completas. Tomo VIII*. Edición de Aníbal Ponce. Bs. As., Mar Océano, pp. 81-224.

-----, 1962 b. “La cultura filosófica en España” [1916] en *Obras completas. Tomo VIII*. Edición de Aníbal Ponce. Bs. As., Mar Océano, pp. 9-80.

-----, 1962 c. “Sociología Argentina” en *Obras completas. Tomo VI*. Edición de Aníbal Ponce. Bs. As., Mar Océano, pp. 9-265.

-----, 2009. *Las crónicas de José Ingenieros en ‘La Nación’ de Buenos Aires. (1905-1906)*. Edición de Cristina Beatriz Fernández. Mar del Plata, Martín / UNMDP/ ANPCyT.

-----, s/f. *Obras completas. Volumen 5. Crónicas de viaje*. Revisadas y anotadas por Aníbal Ponce. Buenos Aires, Rosso.

Jiménez, José Olivio. 1993. “El ensayo y la crónica del modernismo” en Luis Iñigo Madrigal (coordinador). *Historia de la literatura hispanoamericana. Tomo II. Del neoclasicismo al modernismo*. Madrid, Cátedra, pp. 537-548.

Kamia, Delia [Delia Ingenieros]. 1968. “La Syringa” en VVAA, *Sociedades literarias argentinas (1864-1900). Trabajos, comunicaciones y conferencias*. Volumen IX. La Plata, Departamento de Letras de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata.

La Nación. 1999. *Manual de estilo y ética periodística*. Bs. As., Espasa.

Latino, Aníbal [José Ceppi]. [1922]. “Importancia literaria del periodismo” en *La nueva literatura*. Barcelona, Cervantes, pp. 153-161.

Löwy, Michel y Robert Sayre. 2008. *Rebelión y melancolía. El romanticismo a contracorriente de la modernidad*. [1992] Traducción de Graciela Montes. Bs. As., Nueva Visión.

Luna, Félix (director). 1999. *José Ingenieros*. Bs. As., Planeta.

Malosetti Costa, Laura. 2007. *Los primeros modernos. Arte y sociedad en Buenos Aires a fines del siglo XIX*. [2001] Bs. As, FCE.

Miroux, Jean-Philippe. 2005. *La autobiografía: las escrituras del yo*. Traducción de Heber Cardoso. Buenos Aires, Nueva Visión.

Montaldo, Graciela. 1994. *La sensibilidad amenazada. Fin de Siglo y Modernismo*. Rosario, Beatriz Viterbo.

Morin, Edgar. 1998. “La noción de sujeto” en Dora Fried Schnitman (editora), *Nuevos paradigmas, Cultura y Subjetividad*. Buenos Aires / Barcelona / México, Paidós, pp. 67-85.

Nuestro tiempo. Revista mensual. Ciencia y artes – Política y hacienda. Eduardo Canals Vilaró (director). Madrid, 1901-1926. [Disponible en línea] Biblioteca Nacional de España, <http://hemerotecadigital.bne.es>

Ortiz, Renato. 1999. “Diversidad cultural y cosmopolitismo” en AAVV. *Cultura y globalización*. Bogotá, Universidad Nacional, pp. 29-52.

-----, 2000. *Modernidad y espacio. Benjamin en París*. Traducción de María Eugenia Contursi y Fabiola Ferro. Bs. As., Norma.

Pelele, 1925. “Ingenieros en París”, *Nosotros*. Número extraordinario dedicado a José Ingenieros, XIX, 199: 520-525.

Pratt, Mary Louise. 1997. *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes.

Quijano, Anibal. 2005. “Colonialidade do poder, eurocentrismo e América Latina” en Edgardo Lander (organizador). *A colonialidade do saber: eurocentrismo e ciências sociais. Perspectivas latino-americanas*. Bs. As., Colección Sur Sur, CLACSO, pp.227-278. [en línea] <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/lander/pt/Quijano.rtf>

Rama, Ángel. 1970. *Rubén Darío y el modernismo. Circunstancia socioeconómica de un arte americano*. Caracas, Ediciones de la biblioteca de la Universidad Central de Venezuela.

-----, 1977. “Prólogo” a Rubén Darío. *Poesía*. Edición de Ernesto Mejía Sánchez. Cronología de Julio Valle – Castillo. Caracas, Biblioteca Ayacucho, pp. I-LII.

-----, 1984. *La ciudad letrada*. Hanover, Ediciones del Norte.

Ramos, Julio. 2003. *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*. [1989] México, FCE.

Real de Azúa, Carlos. 1987. “Ambiente espiritual del 900” en *Escritos*. Montevideo, Arca, pp. 145-165.

Revista del Centro de Estudiantes de Medicina. Buenos Aires.

Rodríguez Pérsico, Adriana. 2008. *Relatos de época. Una cartografía de América Latina (1880-1920)*. Rosario, Beatriz Viterbo.

Romero, José Luis. 1986. *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. Bs.As., Siglo XXI.

Rotker, Susana. 2005. *La invención de la crónica* [1992]. México, FCE / Fundación para un nuevo periodismo iberoamericano.

Scarano, Mónica y Graciela Barbería. 2006. “La modernidad como espectáculo (lecturas de exposiciones en París en el *fin de siècle* y la primera posguerra)”, *Aristas. Revista de estudios e investigaciones*, 4: 99-118.

Schiaffino, Eduardo. 1925. “José Ingenieros”, *Nosotros*. Número extraordinario dedicado a José Ingenieros, XIX, 199: 491-498.

Sidicaro, Ricardo. 1993. *La política mirada desde arriba. Las ideas del diario La Nación (1909-1989)*. Bs. As., Sudamericana.

Simmel, George. 2005. “La metrópolis y la vida mental” [1903], *Bifurcaciones*, 4: 1-10. [En línea] www.bifurcaciones.cl y <http://redalyc.uaemex.mx>

Tarcus, Horacio y Adriana Petra (coord.). 2011. *Fondo de archivo José Ingenieros. Guía y catálogo*. San Martín, UNSAM EDITA.

Terán, Oscar. 1986. *José Ingenieros: pensar la nación*. Madrid / Buenos Aires, Alianza.

----- . 2004. “Ideas e intelectuales en la Argentina, 1880-1980” en Oscar Terán (coord.). *Ideas en el siglo. Intelectuales y cultura en el siglo XX latinoamericano*. Bs. As., Siglo XXI.

Ugarte, Manuel. 1903. *Crónicas del bulevar*. Prólogo de Rubén Darío. París, Garnier Hermanos [en línea] Internet Archive, http://www.archive.org/details/crnicasdelbulev00dargoog_ [consulta efectuada el 23/3/2010]

Viñas, David. 1982. *Literatura argentina y realidad política*. Bs. As., CEAL.

----- (director). 2006. *Literatura argentina. Siglo XX. Yrigoyen entre Borges y Arlt (1916-1930)*. Bs. As., Paradiso /Fundación Crónica General.

Weber, Max. 2003. *El político y el científico*. Bs. As., Prometeo Libros.

Weinberg, Gregorio. 1962. “De las ideas filosóficas y éticas de José Ingenieros” en *Obras completas*. Tomo VII. Bs. As., Mar Océano, pp. 7-16.

Zanetti, Susana (coordinadora). 2004. *Rubén Darío en La Nación de Buenos Aires. 1892-1916*. Buenos Aires, EUDEBA.

Zimmermann, Eduardo. 1995. *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina, 1890 – 1916*. Bs. As., Sudamericana / Universidad de San Andrés.

Índice

Palabras previas.....	7
Abreviaturas	9
I. Del periódico al libro	11
II. Prólogos, discursos y homenajes.....	43
III. Tiempo y modernidad	57
IV. La mirada y el cronista	71
Palabras finales. El viajero estudioso.....	87
Apéndice	91
Regreso de nuestro director..	91
En honor de Ingegnieros. La fiesta de anoche.....	95
Discurso del Dr. José Ingegnieros	96
Discurso del Dr. Belisario Roldán.....	102
Bibliografía consultada	109

La presente edición de *Hojas al pasar. Las crónicas europeas de José Ingenieros* se terminó de imprimir en Buena Vista editores en diciembre del 2012.



Córdoba – Argentina



BUENA VISTA
editores



BUENA VISTA
editores

Biblioteca José Ingenieros:

- *La locura en la Argentina*
- *La simulación de la locura en la lucha por la vida*
- *Histeria y Sugestión*
- *Las direcciones filosóficas de la cultura argentina*
- *La intimidad sentimental*
- El delito de besar*

Colección Criminología argentina

- La delincuencia argentina ante algunas cifras y teorías*
- C. Moyano Gacitúa
- La criminalidad en Buenos Aires*
- M. A. Lancelotti
- Criminología*
- José Ingenieros

Colección Las Antiguas.

Primeras escritoras argentinas

- Cocina Ecléctica*
- Juana Manuela Gorriti
- La tierra natal*
- Juana Manuela Gorriti
- Los Misterios del Plata*
- Juana Manso
- El lujo*
- Lola Larrosa
- Stella*
- César Duayen (Emma de la Barra)
- Lucía Miranda*
- Rosa Guerra
- Recuerdos de viaje*
- Eduarda Mansilla
- Recuerdos de antaño*
- Elvira Aldao
- Lo íntimo*
- Juana Manuela Gorriti
- Memorias de Agustina Palacio*
- Agustina Palacio

Biblioteca Literatura olvidada

- El crepúsculo de los gauchos*
- Félix B. Basterra
- La Chapanay*
- Pedro Echagüe
- Hormiga Negra*
- Eduardo Gutiérrez